

XIV CONCURSO DE CUENTO, POESÍA E HISTORIETA

“Madre Elisabeth Hanfland”



Colegio
SANTA URSULA
Desde 1936



Vive tu libertad,
crea literatura.

Presentación

“La literatura no es otra cosa que un sueño dirigido”.
Jorge Luis Borges

Escribir, leer y narrar en imágenes son actos de libertad y de rebeldía frente a la vida. Son formas de resistir al silencio, de explorar lo humano y de transformar la experiencia en creación. En cada palabra escrita y en cada trazo dibujado late el deseo de comprender el mundo y de reinventarlo desde la sensibilidad, la imaginación y la emoción.

Con ese espíritu, presentamos con orgullo la **14ª edición de la Antología del Concurso de Cuento, Poesía e Historieta “Madre Elisabeth Handfland”**, una celebración del talento artístico y literario de nuestra comunidad ursulina en este año **2025**. Este espacio invita a nuestras estudiantes a ser creadoras de universos: arquitectas de palabras, narradoras visuales y exploradoras de sus propias ideas, emociones y sueños.

El concurso se consolida, una vez más, como una oportunidad para dar voz a lo invisible, para transformar vivencias en relatos, versos e imágenes que dialogan entre sí. La incorporación del **Concurso de Historieta** enriquece esta edición, ampliando las formas de narrar y demostrando que la literatura también se construye desde el dibujo, la secuencia y la mirada gráfica, donde texto e imagen se encuentran para contar historias profundas y conmovedoras.

Durante más de una década, el Equipo de Comunicación ha cuidado este espacio como un refugio creativo, donde la imaginación y la libertad tienen lugar. Año tras año, todos los integrantes de la familia ursulina han encontrado aquí un medio para compartir su pasión por la palabra escrita y la narración visual, construyendo una obra colectiva que celebra la diversidad de voces y talentos.

La **Antología 2025** reúne los trabajos de quienes aceptaron el desafío de crear, sentir y expresar. Cada cuento, poema e historieta es testimonio del poder del arte como herramienta para conmover, reflexionar y transformar, y confirma que la creatividad es una forma auténtica de habitar el mundo.

Queridos lectores, los invitamos a sumergirse en estas páginas, a recorrer historias contadas con palabras e imágenes, y a hacer propias estas creaciones que nacen del alma. La literatura y el arte son nuestro refugio y nuestra libertad; en esta antología encontrarán la prueba viva de ello.

¡Bienvenidos a un universo de letras, imágenes, imaginación y emociones infinitas!

Equipo de Comunicación

EQUIPO DIRECTIVO

Madre Rosana Villegas, OSU – Promotora del Colegio Santa Ursula

Sofía Díaz Durand – Directora General

Julio Aroní Beltrán – Director Académico

Rosa Tapia Claros – Directora Formativa

Hilda Anaya Antunez – Administradora de Finanzas

Carmen Espinoza Justo– Coordinadora de Secundaria

Carmen Rosa Palacios Romero - Coordinadora del Programa de Diploma

Miryam Contreras Pinto – Coordinadora Montessori

ÁREA DE COMUNICACIÓN

Ana María Soto Cajacuri

Williams Monroy Arcaya

Vanessa Palomino Machacca

Lourdes Cotrina Del Campo

Mariana Luz Escudero Artola

XIV Concurso de Cuento, Poesía e Historieta “Madre Elisabeth Hanfland”

Derechos reservados 2025

Este boletín literario está elaborado para uso exclusivamente interno del centro educativo.

Colegio Santa Ursula

Salamanca 125 - Nicolás de Rivera 132, San Isidro.



Colegio
SANTA URSULA
Desde 1936

**XIV CONCURSO DE CUENTO,
POESÍA E HISTORIETA**
“Madre Elisabeth Hanfland”

2025

CUENTO

CATEGORÍAS:



PRIMER PUESTO

Cuento

Categoría:

A

Mía Alessandra
Serrano Guerra

Grado y sección: 6.º B



6:12

Lucía tenía quince años y una rutina bastante común: colegio en las mañanas, tareas en las tardes, redes sociales por la noche. No le gustaba admitirlo, pero sentía que su vida era aburrida, como si cada día fuera una copia exacta del anterior.

Una noche de domingo, mientras revisaba su celular antes de dormir, se dio cuenta de algo extraño. Entre sus aplicaciones habituales —WhatsApp, Instagram, TikTok— había aparecido un ícono que nunca había descargado. Era un círculo negro con un reloj de arena plateado en el centro. No tenía nombre debajo, pero al tocarlo se abrió una pantalla oscura con un título escrito en letras blancas:

Tomorrow.

La aplicación mostraba un mensaje simple:

"Evento del día: a las 7:15 a.m. tu profesora de matemáticas llevará zapatos rojos".

Lucía frunció el ceño. ¿Zapatos rojos? Parecía una broma, quizá un virus. Apagó el celular y no pensó más en ello.

Al día siguiente, mientras estaba en clase, la profesora entró al aula. Lucía abrió mucho los ojos: la mujer llevaba puestos unos tacones rojos brillantes, justo como la app había predicho. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Casualidad —se dijo a sí misma, tratando de convencerse.

Pero al revisar la app esa noche, otro mensaje la esperaba:

"Evento del día: a las 4:32 p.m. se romperá un vaso en tu cocina".

Decidió ponerlo a prueba. A la hora indicada, se sentó en la mesa de la sala, fingiendo hacer tarea, mientras su mamá preparaba la cena. El reloj marcó las 4:32 exactas cuando su hermano entró corriendo, tropezó con la mesa y un vaso cayó al suelo, haciéndose trizas. Lucía sintió cómo el corazón le latía con fuerza.

Ya no era casualidad.

Los días siguientes, la aplicación siguió enviándole notificaciones: pequeñas predicciones sobre sucesos cotidianos. "Valeria olvidará su mochila en el colegio". "El balón de fútbol se perderá en el techo del gimnasio". "El bus llegará con diez minutos de retraso". Todo se cumplía con una precisión aterradora.

Al principio fue emocionante. Lucía lo contaba a sus amigas y se reía cuando acertaba. Se sentía poderosa, como si tuviera un secreto que nadie más podía entender. Sin embargo, con el tiempo, la diversión comenzó a transformarse en inquietud.

Una madrugada despertó con la vibración de su celular. Medio dormida, lo tomó y leyó el nuevo mensaje:

"Evento del día: a las 5:47 p.m. un accidente de tránsito ocurrirá frente a tu casa".

Lucía se incorporó de golpe. El tono había cambiado. Ya no eran cosas pequeñas o inofensivas. Ahora la aplicación hablaba de tragedias.

Todo el día estuvo nerviosa. En clases apenas prestó atención; solo miraba el reloj, esperando que llegara la hora. Cuando por fin dieron las 5:40, se asomó por la ventana

de su cuarto. La avenida frente a su casa se veía tranquila: autos avanzando con normalidad, un par de transeúntes cruzando la calle.

A las 5:46, sin pensarlo más, bajó corriendo las escaleras. Tenía que advertir a alguien, hacer algo, cambiar el destino. Salió a la vereda y vio a un motociclista doblando la esquina a toda velocidad.

—¡Cuidado! —gritó, levantando los brazos.

El motociclista, distraído por su grito, giró la cabeza hacia ella. Fue un segundo fatal. Perdió el control, derrapó en el asfalto y chocó contra un auto. El sonido metálico del impacto retumbó en la avenida. La gente alrededor gritó, corrió, trató de auxiliarlo.

Lucía se quedó paralizada. El accidente había ocurrido exactamente a la hora que la aplicación había anunciado. Y lo peor era que, intentando evitarlo, quizá ella misma lo había provocado.

Esa noche no pudo dormir. Recordaba la sangre, los gritos, el ruido seco del choque. Cuando por fin logró cerrar los ojos, su celular vibró en la mesa de noche. Con temor, lo tomó en sus manos.

La pantalla mostraba una nueva notificación:

"Evento del día de mañana: a las 6:12 p.m... tú."

El aire se le quedó atrapado en los pulmones. Sintió un vacío helado en el estómago. ¿Ella? ¿Qué significaba exactamente?

Miró su reflejo en la pantalla, con el rostro pálido y los ojos temblorosos. De pronto, el ícono de la aplicación volvió a aparecer en el menú principal, esta vez con el reloj de arena en movimiento. La arena caía, grano por grano, marcando una cuenta regresiva silenciosa.

Lucía dejó caer el celular al suelo, pero la pantalla siguió encendida, iluminando su cuarto con un resplandor inquietante.

A la mañana siguiente, trató de convencerse de que todo había sido una pesadilla. Fue al colegio como siempre, aunque con una sensación constante de que alguien la observaba. Las horas pasaban, y cada vez que miraba el reloj sentía que se acercaba un destino imposible de esquivar.

Cuando las manecillas marcaron las 6:11 p.m., el corazón le latía tan fuerte que apenas podía respirar. Miró a su alrededor: estaba sola en su cuarto, las ventanas cerradas, la puerta asegurada. Nada podía pasarle ahí, ¿verdad?

El celular vibró una última vez. Ella lo levantó con manos temblorosas.

"6:12 p.m."

La pantalla se apagó de golpe. Lucía vio su reflejo en el vidrio oscuro... pero no estaba sola. Detrás de ella, una sombra alta y borrosa se inclinaba sobre su hombro.

No tuvo tiempo de gritar.

El celular cayó de sus manos y golpeó el piso con un sonido seco. Trató de girarse, pero el cuerpo no le respondió. Sentía el aire más frío, denso, como si la habitación hubiera dejado de pertenecerle.

A las 6:12 en punto, el reloj de arena del ícono reapareció en la pantalla del celular y la arena terminó de caer.

Un silencio absoluto llenó la casa.

Cuando su madre entró a la habitación minutos después, encontró el celular encendido en el suelo, mostrando solo dos palabras:

"Evento cumplido".

Lucía ya no estaba.

SEGUNDO PUESTO

Cuento

Categoría:

A

Isabella Fernanda
Agüero Requejo

Grado y sección: 6.º C



Sin Firma

“No importa si nadie me recuerda... el papel sí lo hará”.

Esa fue la última oración del cuaderno de Jeanne Charvet, que dejó en la mesa polvorienta de la Biblioteca Nacional de Francia. Estaba escrita con una tinta más oscura de lo normal, pero aún así seguía siendo muy delicada.

Nadie la vio salir... nadie la vio entrar.

Cuando revisaron las cámaras de seguridad, solo se veía una sombra borrosa al fondo del pasillo. Los bibliotecarios pensaron que era un error de las cámaras, pero Alana Renart, estudiante de Literatura y obsesionada con la vida de sus autoras favoritas, sintió que algo estaba mal.

Alana fue la única que leyó cada página completa. Y, al cerrar el cuaderno, el mundo pareció borrarse para que una nueva historia comenzara.

El cuaderno parecía antiguo, pero no gastado. Sus páginas parecían haber sido encuadernadas a mano y había una flor marchita en medio: una Dalia negra que seguía perfumada con el paso del tiempo. En la portada no había nombre ni título. Solo una frase trazada a lápiz.

“Si alguien encuentra esto... todavía puedo ser recordada”

Alana lo leía en silencio, una y otra vez. Ella pensaba que era imposible que fuera un cuaderno normal. Cada palabra, cada frase era tratada con delicadeza, similar a la de un poema, pero tenía la crudeza de una confesión.

“He vivido ciento noventa y dos años. He escrito en trece lenguas diferentes. He firmado cada verso, cada oración, cada palabra, pero nunca he sido reconocida como la autora que soy. No por error. Por castigo.”

Alana cerró el cuaderno lentamente. Sentía como si estuviera espiando a alguien que la necesita, que necesitaba ser descubierta.

Miró la flor, negra como la tinta, pero fresca, como si acabara de ser cortada.

—¿Quién eres? —susurró, aunque sabía que nadie le iba a responder.

En 1834, Jeanne Charvet tenía 16 años y una idea poco común para su edad: quería que el mundo la recordara por lo que era capaz de escribir, no por su apellido, su cara o el esposo que le querían imponer.

Jeanne vivía en Gruissan, un pequeño pueblo en Francia. Su casa estaba llena de libros que encuadernaban para otros. A escondidas, Jeanne robaba papel y tinta para escribir sus propias historias.

Una noche, luego de que su padre quemara uno de sus cuentos por considerarlo “vergonzoso para una mujer”, Jeanne salió de su casa con los dedos manchados de tinta y lágrimas que recorrían sus mejillas. En la plaza del pueblo, una mujer ciega vendía páginas sueltas de libros que nadie recordaba.

—¿Quieres que te lean? —preguntó la anciana.

—Quiero que me recuerden por cómo me expreso, no por lo que soy— le respondió Jeanne.

—Entonces cuidado con lo que pides.

La anciana le ofreció un cuaderno. Nada más abrirlo, Jeanne sintió que la tinta era mucho más oscura que la normal; en ese instante, no era solo la tinta: era el pacto entre Jeanne y la anciana.

Desde entonces, Jeanne no envejeció; seguía siendo la misma Jeanne de 17 años. Escribía historias con la pluma y la tinta que le dio la anciana esa noche, pero cada vez que firmaba algo, esa firma desaparecía como cenizas en el viento. Los textos duraban años, pero siempre con el nombre de otro.

Durante casi dos siglos, se convirtió en una sombra de la literatura: la escritora más leída que nunca fue conocida.

Una noche, por una grieta en el hechizo, Alana soñó con el nombre de Jeanne.

Jeanne la observaba, sintiendo un sentimiento desconocido para ella: la esperanza.

Esa misma noche, Alana fue a la biblioteca, donde el día anterior encontró la primera pista de Jeanne: su cuaderno. Y dejó una nota en la misma mesa.

“Si estás ahí, quiero ayudarte... dime cómo”.

Alana regresó a su casa, preguntándose si alguien le respondería o si era su imaginación. Tal vez no existía ninguna Jeanne que estuviera involucrada en el tema, pero para Alana esas dudas se borrarían al día siguiente.

Alana recorrió el mismo camino hacia la biblioteca, solo que esta vez el camino se le hizo más pesado, más consciente de lo que estaba a punto de encontrar...

Cuando llegó a la sala llena de libros, se dirigió directamente a la mesa donde había encontrado el cuaderno la primera vez. Este seguía exactamente donde lo había dejado, solo que ahora estaba junto a una nota que decía:

“Di mi nombre en voz alta al final de mi historia”.

Días después, indecisa, Alana publicó una revista digital.

“Flor de Tinta: el legado secreto de Jeanne Charvet”.

Por primera vez en siglos, las palabras y el nombre de Jeanne coexistieron.

Y, en ese instante el hechizo se rompió: el cuerpo de Jeanne Charvet se desvaneció, pero con una sonrisa en su rostro, ya que ahora sus historias y su nombre son conocidos por el mundo.

Murió como todos los demás.

Pero esta vez... fue recordada.

Durante los siguientes días, Alana recibía cartas anónimas con extractos de manuscritos sin firmar; todos coincidían en algo: había una dalia negra y tenían la misma caligrafía, que era muy similar a la de Jeanne. Eran cuentos, poemas, fragmentos de novelas que nunca fueron publicados, como si la autora, desde algún lugar más allá del tiempo, le entregara lo que quedaba de sí misma.

Una noche, al regresar a la biblioteca, en la mesa de siempre, encontró algo distinto: una hoja arrancada, solo con una frase escrita al reverso:

“Solo una persona que conoce el olvido... puede romper el hechizo”.

Alana comprendió que ella había sido elegida para darle nombre a todos los escritos de Jeanne, entonces publicó una antología bajo el nombre de:

“Obras completas de Jeanne Charvet” (1834–2019)

Y el día del lanzamiento de la antología, en la fila para la firma de libros, apareció una anciana ciega. No dijo su nombre ni se presentó; solo le dio un cuaderno y se fue entre la multitud.

Cuando Alana abrió el cuaderno, no encontró tinta.

Solo su reflejo.

Y entendió.

Ella también había hecho un pacto.

Pero esta vez, no para ser olvidada, sino para ser guardiana de las almas que escriben en silencio.

Desde entonces, cada año deja una flor negra en la biblioteca, junto a un cuaderno en blanco.

Por si alguna otra voz perdida quiere ser recordada...

TERCER PUESTO

Cuento

Categoría:

A

**Amelia María
Carpio Poblete**

Grado y sección: 5.º A



Los Guardianes - El inicio

Hola. Aquí Kim. He pensado en explicar mi situación. Podría ayudarte. Te lo digo en serio: lo mejor es que creas que esto es una historia de ciencia ficción. Porque si otras personas que no es muy conveniente mencionarlas se enteran de que he escrito nuestros secretos, todos nuestros años de trabajo... Se habrán ido.

¿Se me olvida algo? ¡Ah! Todo lo que sale aquí son situaciones peligrosísimas. No lo intenten en casa. ¿Bien? Perfecto. Empezaré el día en que todo empezó:

Era un día normal (bueno, todo lo que se puede ser normal) en el IBAP (Instituto de Brooklyn para Adolescentes con Problemas). Es uno de los centros educativos donde meten a chicos huérfanos e intentan enseñarles como si estuvieran en la escuela. Sí, soy una huérfana. Mis padres murieron a mis dos años. No recuerdo nada de ellos. He pasado de un centro de acogida a otro. He conseguido unas cuantas becas por mi inteligencia. Las chicas a veces son un poco malas y me molestaban, así que la directora de mi anterior colegio, la psicóloga infantil y la SENAH (Superintendencia Especializada en Niños y Adolescentes Huérfanos), acordaron que lo mejor para mí sería que me metan en el IBAP. También porque ya ningún otro centro me quería a mí. A mi alrededor siempre pasan cosas raras. Cuando yo tenía 8 años, estaba de excursión con mi salón de tercero en el parque de las aguas. En el descanso, una chica me estaba molestando, así que me acerqué a ella para aclarar unas cosas. Ni siquiera la toqué, estaba a punto de empujarla y acabó tirada en una fuente de agua. Intenté explicarles eso a mis maestros, pero no me hicieron caso. O en cuarto, en el recreo, unas chicas (claramente malas) me estaban persiguiendo y...de la nada me elevé en el aire. O cuando estaba en sexto, en el laboratorio. Estábamos trabajando un experimento con fuego y apareció una llama de fuego en mi mano. Me llevaron a urgencias, pero cuando me revisaron, no tenía quemaduras. Y tengo un vago recuerdo de cuando estaba en kínder, jugando en el arenero, e hice un muñeco de arena (un muñeco de nieve, pero en vez de nieve de arena), y cobró vida. Los profesores me culparon de haber ingresado baterías al colegio. ¡Por favor! ¿Cómo iba a poder ingresar baterías al colegio? Y... bueno, creo que ya los puse en contexto. Solo digamos que acabé en dirección más veces de lo que podría estar una persona en diez vidas. Así que me metieron en el IBAP. El IBAP es una residencia. Hay varios chicos y chicas de mi edad a quienes sus papás los matriculan porque ya no saben qué hacer con ellos. Estaba estudiando al acabar mi última clase del día, cuando llegó la señorita Rubin.

- Kim, por favor acompáñame- dijo la señorita Rubin - La directora te está esperando en su despacho.

Tragué saliva. ¿Qué había pasado? A ver, que yo recordara, no había hecho nada raro últimamente. ¿O sí? No tenía ganas de ir, pero la mirada de la señorita Rubin me hizo entender que no era una pregunta.

-Sí, señorita Rubin.

Salimos de mi cuarto y llegamos al área de estudio. Si se preguntan por qué no estudiaba allí, era porque más bien parecía una sala de recreo. Al pasar, muchos alumnos me miraron con cara de risa, porque a) estaba en compañía de una profesora, y la señorita Rubin no estaba precisamente sonriendo y b) estaba yendo camino a dirección. Al llegar a dirección, era el típico panorama de siempre: cada centímetro cuadrado de la habitación (rosa) estaba meticulosamente ordenado y el escritorio (rosa) tenía dos tazas (rosas) siempre llenas de té (de alguna forma, rosa) dispuestas en dos platitos (rosas). La directora estaba sentada en su clásica silla (rosa) y tenía un peinado hacia arriba como un remolino, con laca y decorada con un lazo (rosa). A su lado había una profesora de aspecto amable. Parecía inglesa. Me pareció extraño: conocía a todos los profesores del IBAP, y sin embargo, era la primera vez que la veía. La directora se alisó la blusa (adivina de qué color) y dijo:

-Hola, Kim.

-Hola, señorita directora - respondí.

-Estás aquí debido a la muy increíble (y económica) oferta que nos ha ofrecido la señorita...

-Llámame Isabel, por favor, Olivia - la interrumpió la profesora.

-Está bien -, accedió la directora - Isabel nos ha ofrecido..., bueno, Kim, sabes que eres una alumna avanzada en todos los cursos, y acá no ofrecemos la mejor educación para alguien como tú, así que... Isabel nos ha ofrecido... bueno, llevarte a su instituto.

Me quedé helada, congelada en mi sitio. ¡Cómo si pudieran sacarme del IBAP todos los días!

-¿Qué? Pero...

-Nada de peros, la decisión ya está tomada- dijo la directora.

-¿Qué instituto?- pregunté, a punto de echarme a llorar.

-La AGDS-. contestó Isabel- La Academia Gubernamental de Damitas Sabias.

¡Y encima un nombre cursi!

-¿Y mis cosas?- dije, rendida.

-La señorita Rubin ya las tiene listas.

No podía creerlo. En menos de una hora, había pasado de estar tranquilamente alojada en el IBAP, a estar sentada en un auto con una completa desconocida. ¿Se consideraba un secuestro si yo estaba enterada, pero no estaba de acuerdo? Nadie se dio cuenta de que me estaba yendo. Seguramente ya al día siguiente se darían cuenta. Yo era la única de la clase que levantaba la mano. Los demás no prestaban mucha atención a la clase. Hasta los profesores, que sabían que me estaba yendo, no se despidieron de mí.

Llevábamos sentadas más de una hora (¿Qué tan lejos quedaba la AGDS?) en el carro de Isabel, cuando Isabel se dio la vuelta y dijo:

-Bueno Kim, ya estamos lo suficientemente lejos. ¿Qué sabes del AGDS?

-Pues nada- contesté - .No se han molestado en decirme nada. Sólo me han hecho subir al auto.

-Es que no te podía contar la verdad con normales cerca- dijo Isabel.

-¿Normales? Que amable. Dices que yo no soy normal. Ya sé que no lo soy. No hay necesidad de echármelo en la cara- dije, algo dolida.

- No me refiero a eso. Me refiero a la razón por la que estás en la AGDS. ¿Tus padres no te contaron?

-Mis padres murieron a mis dos años-.Le respondí, aún más dolida que antes.

-Pero... ¿No te dijeron qué yo vendría? Si no... La...

-Antes de que me ofendas más, ¿podrías ir al grano y contarme lo que mis padres no me contaron?

-Esta bien, Kim. Pero tómatelo con calma:

Hace muchos años, los cuatro dones (agua, tierra, aire y fuego) estaban al alcance de todos. Todos podían usarlos, manejarlos y aprender sobre ellos. El problema es que no todo el mundo los usaba sabiamente. Algunas personas destruían todo lo que estaba a su alcance. En el mundo había caos y destrucción. Cuatro valientes chicas decidieron

darle fin a todo el problema: Aprendieron todo lo que es posible saber de los cuatro dones y cada una se especializó en uno. Se hicieron llamar Las Guardianas. Borraron lo sucedido de la mente de las personas e intentaron que eso no vuelva a pasar. Pero ellas sabían que un grupo de personas se ocultaron para que no les borrarán la memoria. Esas personas se ocultaron y crearon un arma para derrotarlas al fin. Pero esa arma necesitaba tiempo para ser acabada. Seguimos en espera. Las cuatro chicas sabían que, cuando su arma estuviera completa, ellas no estarían. Así que usaron sus dones con sabiduría, y, cuando llegó su hora, transmitieron todo su saber a otras. Y tú Kim, eres una de ellas. Tu deber es proteger uno de los cuatro dones.

Me lo tomé con mi habitual calma.

-¿¡QUÉ!?- exclamé- ¿A qué te refieres? No soy una “Guardiana”, como tú dices.

-Entiendo que estés estresada, Kim-. Intentó tranquilizarme Isabel-. Se supone que tus padres te tendrían que haber contado todo esto. No te preocupes, yo... ¡Oh, mira, ya llegamos al AGDS! Allí te aclararán las dudas que tengas. ¿Ves a todas esas iniciadas? Reúnete con ellas. En un rato iré para allá.

Isabel me dejó en la entrada de esa gran (realmente grande) mansión, con una maleta y miles de preguntas.

La mansión era enorme, de color blanco con las columnas doradas. Arriba, en letras doradas, pude leer: AGDS: Academia de Guardianes de Dones Secretos.

¿Pero...? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Decidí que, en vez de hacerme miles y miles de preguntas, lo mejor sería hacerle caso a Isabel y reunirme con las chicas que estaban en la puerta de la gran mansión. Eran muchas. Unas treinta chicas, diría yo.

-¡Oí que sólo elegirán a cuatro chicas!- escuché decir a una.

-¿Y las demás?- preguntó otra.

-Les borrarán la memoria, menos a cuatro más, para que si por a o b motivos le pasa algo a una, esté otra.

-Claramente, yo seré una de las elegidas-. Se metió una: soy la más inteligente de por aquí.

-No lo creo, Taia- le dijo otra- .No has visto a todas.

-Eso crees tú- respondió Taia.

Genial, pensé. O me borran la memoria o convivo con esta presumida.

-A ella no la has visto- dijo una, señalándome.

Noté como todas las miradas se posaban en mí.

-¿Cómo te llamas?- preguntó Taia.

-Kim- contesté.

-Escucha, Kim. te haré una pregunta-. me dijo Taia- Si sabes responder a mi pregunta, eres más inteligente que yo. Nadie ha sabido su respuesta. ¿Te atreves?

-Estoy lista- dije yo, de lo más tranquila. Me habían hecho muchas preguntas parecidas.

-Allí va. En el piso 30 de un rascacielos, había un hombre limpiando las ventanas sin arnés ni ningún tipo de seguridad. Tras una serie de sucesos desafortunados, resbaló y cayó al suelo. Por suerte, sobrevivió y no tuvo ningún tipo de lesión. ¿Por qué?

-Estaba limpiando las ventanas del otro lado del edificio- contesté yo.

-De hecho, la respuesta correcta es que en el piso había un colchón- dijo

Taia.

-Pero aún así se hubiera hecho daño. Estaba en el piso 30. O al menos eso es lo que tú me dijiste- le dije yo, muy tranquila.

Taia se quedó con la boca abierta. Y ella no fue la única. Todas las chicas con las que estaba se pusieron a susurrar y cuchichear entre ellas.

-Lo hizo...

-Pero Taia dijo...

-¿Y si ella la supera?

Taia recuperó su actitud presumida y dijo:

-Esto no ha acabado. Nos volveremos a ver, Kim.

Acto seguido, se fue. No tuve tiempo de decirle nada porque en ese momento salió Isabel de la mansión (sí, lo sé. ¿De dentro?) y dijo:

-Vamos chicas. Adentro se les explicará todo.

Todas entraron en tropel a la mansión. Entrando, Taia se me adelantó, y cuando estábamos a punto de entrar, me puso la zancadilla.

-Ay, ¡lo siento!- la escuché decir. Pero por cómo me miró, supe que no lo había sentido nada.

Adentro, era un espacio acogedor, lleno de cojines mullidos y con una gran chimenea pegada en un extremo. Parecía el Lobby de un hotel. Sólo le faltaba el cartel de recepción. La sala no estaba diseñada para tantas chicas como nosotras. Nos apretujamos como pudimos y vi a Isabel pararse en un balcón arriba de nosotras. (Otra vez, ¿cómo?)

-Bienvenidas a la AGDS- la escuché decir-. Creo que muchas de ustedes ya han escuchado la historia de la fundación. Al final, las que no la han escuchado se pueden quedar para escucharla, y las que deseen volver a escucharla también pueden quedarse-. En ese momento, Isabel sacó de un armario situado detrás de ella un cofre pequeño, con piedras preciosas incrustadas-. ¿Todas ven este cofre? Perfecto. Cada una va a escribir su nombre con su mejor caligrafía. No vale pedirle a la amiga que escriba su nombre por ustedes. Al anochecer, el cofre votará los nombres de las elegidas y de las chicas que se quedarán, por si acaso.

-¿Vamos a dejar que un cofre me elija?- oí decirle a Taia a otra chica.

-Taia, te aseguro que el cofre nos dará la mejor opción- dijo Isabel.

Vi a Taia ponerse roja.

El almuerzo estará servido dentro de poco- dijo Isabel-. ¿Por qué no van yendo? Ah, y el tiempo de antelación no influirá en la decisión del cofre.

Mientras todas se iban corriendo al comedor, decidí que cuanto antes me quitaba la preocupación, mejor. Saqué un trozo de papel de mi bolsillo y escribí: Kim. Si se preguntan por qué no escribí mi apellido, es porque no lo sé. Nunca he sabido mi apellido.

Elegí un lugar apartado de todas para comer. Mi plato estaba vacío. No sabía cómo hacer que en mi plato haya comida, hasta que vi a una chica susurrándole a su plato:

-¡Chuletas de cerdo!

Contemplé asombrada cómo su plato se llenaba de... Sí, de chuletas de cerdo.

Pensé que no perdía nada, salvo que todas me creyeran loca. En caso de que eso pasara, tenía una fuerte razón: ¡Esa chica de allá lo ha hecho! Así que le susurré a mi plato:

-¡Helado!

Pensé que no habría ningún problema con anticiparme al postre. Y sobre mi plato apareció una copa de helado de menta, mi favorito.

Llevábamos un buen rato comiendo cuando Isabel nos llamó de vuelta a la sala. Era el momento que todas (menos yo) habían estado esperando: anunciarían a las elegidas.

Una vez dentro, los murmullos parecían haberse multiplicado.

-¡Al fin!

-¡Qué nervios!

-No tienen de qué preocuparse: es obvio que yo soy la elegida. Las otras elegidas no me importan tanto- oí decir a Taia-. En fin, lo importante es que me elijan a mí.

Al fin, Isabel puso orden.

-Chicas, cálmense. El momento que todas esperaban: las Elegidas.

Observamos cómo el cofre iba brillando más y más, hasta que salió un papel.

-Juliette D'Rose- dijo Isabel.

Se oyó una exclamación de alegría seguidos de aplausos.

El cofre votó otro papel.

-Bree Reese.

Aplausos con más exclamaciones.

Otro papel.

-Aurora Campbell

Sonidos de risas y aplausos.
El último papel salió del cofre.

-Amy Bellerose.

Aplausos.

Bueno, pensé. Ahora me borrarán la memoria, seré devuelta al IBAP y continuará mi vida (casi) normal.

De repente, el cofre empezó a sonar. Empezó a brillar de nuevo. Salió un último papelito. Isabel lo sacó, asombrada. El cofre aún no había anunciado el cambio a las que se quedaban por si acaso. Isabel me miró, impactada, después de leer la nota para sí misma.

-Kim-. Sus palabras parecían mágicas. Kim. Yo.

Nadie aplaudió, aunque yo no esperaba mucho menos. Isabel recuperó la compostura y me dijo:

-Kim, acompáñame, por favor.

Me paré, vacilante. ¿Creía Isabel que yo había hecho algo? ¿Me iba a regañar? Sólo había una forma de saberlo. Seguí a Isabel.

Nos adentramos en una sala muy linda, decorada con motivos de los cuatro dones. Nos sentamos en un sillón.

-Durante años he sabido que esto pasaría- me dijo Isabel- Una quinta Elegida, una quinta Guardiana.

-¿Qué significa todo esto?- exclamé- Aún estoy tratando de creer que lo de los Guardianes es real.

-Kim, hace un tiempo, los Innombrables (los que hicieron el caos) anunciaron que habría una quinta elegida en nuestra próxima elección. Dijeron que, o bien serías nuestro fracaso, o bien nuestra salvación. He temido este momento desde que me hice protectora. Los protectores son los Guardianes que enseñan a la próxima generación de Guardianes. Tú, Kim, tendrás los cuatro dones. De hecho, siempre los tuviste.

-Debes formar parte de los Guardianes. Al llegar con todas, actúa con normalidad. Sólo eres la quinta Elegida.

Allí acabó nuestra productiva conversación.

Al llegar con todas, todo prosiguió con normalidad. El último nombre en ser dicho de las que se quedarían por si acaso fue:

-Taia Cassidy.

Al sentarse, pude ver cómo Taia me lanzaba una mirada de odio.

Isabel exclamó:

-Las demás, gracias por su tiempo. Serán transportadas a sus casas.

Al irse las demás, Isabel nos dijo que vayamos a las habitaciones contiguas, que nuestras cosas ya estarían allí.

Las Elegidas tenían un cuarto, así que nos dirigimos allí. Mi parte de la habitación era rosada con cristales de cuarzo rosa colgando.

La de Juliette tenía muchas, pero muchas plantas. La de Bree era toda de gatitos, la de Aurora era suave y mullida, cómo si estuvieras en las nubes, y la de Amy era arcoíris, con nubes arcoíris en todos lados. El cuarto que compartíamos era gigante. No tenía muchas ganas de conversar, así que me eché en la cama y, por primera vez en el día, suspiré tranquila. Estaba aceptando ser una Guardiana y el destino que me esperaba. Estaba aceptando ser lo que debía ser. Y ¿quién sabe? Tal vez Juliette, Bree, Aurora, Amy y yo descubriéramos algo en común. Tal vez había encontrado mi sitio.

Aquí termina Los Guardianes - El inicio.

PRIMER PUESTO

Cuento

Categoría:

B

María Ángel
Gamarrá Pinto

Grado y sección: 7.º A



Aeternum

Para todos aquellos que creyeron que estaban solos.

La muerte es de los pocos sucesos que, hasta ahora, los científicos no logran entender. Pueden explicar el cese de funciones, la ausencia de ondas cerebrales, la descomposición. Pero no pueden explicar qué ocurre *después*. Si es que algo ocurre. Todavía hay una cama vacía en mi cuarto.

También conservo su guitarra apoyada en la mesita de noche que hay entre ambas camas. Se la regalé cuando cumplió 18 años, me costó una fortuna, la mesada de tres meses. Pero valió la pena, ella estaba realmente feliz. Sin embargo, no me apetece hablar de eso ahora, de hecho, no he querido hablar de ella desde hace cinco semanas. Son exactamente las 6:30 horas de la mañana. Faltan tres minutos para que toque mi alarma. Casi no he dormido esta noche, no suelo dormir mucho desde la noche del accidente.

El despertador empieza a sonar, y yo me incorporo de la cama y lo apago de inmediato. El cuarto está a oscuras, apenas hay unos cuantos rayos de sol colándose por las cortinas.

Me quedo sentada en la orilla de mi cama, sintiendo cómo el frío del suelo logra pasar por entre los calcetines. Suelto un suspiro y me pongo mis pantuflas antes de levantarme por completo. Paso mi mano por mi enredado cabello. Me acerco a la ventana y abro las cortinas, afuera el cielo aún se intercala en colores grises y amarillentos. El aire fresco entra tímido por la ventana entreabierta, y con él, el olor a lluvia que no llegó anoche.

Me enteré cuando vi las noticias. Un auto se había estrellado contra un puente. Por un descuido había resbalado por la calle mojada y, finalmente, el capó había quedado completamente destrozado al chocar. Cuando lo vi, sabía que era muy probable que Maia ya hubiera pasado ese tramo de la carretera.

Pero todas mis expectativas fueron apuñaladas cuando nos llamaron del hospital. Maia había sufrido un derrame cerebral antes de que pudiera llegar a urgencias.

Me terminé de arreglar para la escuela. Me puse la chaqueta y guardé mis cuadernos en mi morral.

Me miré por el espejo del pasillo, tratando de reconocer a la persona que me devolvía la mirada. Ojos cansados, ojeras profundas, el cabello revuelto. No parecía la Juliet que solía ser y, sin embargo, era la única que tenía ahora. Era lo único que realmente tenía ahora mismo.

Tomé una manzana de la cocina, y mi desayuno estaba completo.

Bienvenidos, un día más, a la *maravillosa* vida de Juliet Anderson.

A Maia le gustaban mucho las estrellas, la música.

Me enseñó a tocar la guitarra antes de irse a la universidad, me gustaba, pero no podía compararlo con la sonrisa que le causaba a ella. Era perfecta, de pies a cabeza. Mamá solía decir que era la más buena de las dos, que debería parecerme más a ella, pero no volvió a repetirlo después. Aunque era cierto, Maia le agradaba a todos, y a ella le agradaban todos.

Su nombre venía de una estrella "Maia" ubicada en las *Pléyades*, brilla 660 veces más que el sol. Siempre me gustó pensar que ella era como una estrella; brillante, llena de vida e inalcanzable.

La estrella Maia sigue brillando en su constelación, a unos 3.914 años luz de distancia. Pero *mi estrella*, hace tiempo que se vio apagada.

Es tiempo de lluvia en Washington. Me tapo la cabeza con el impermeable amarillo y salgo de casa mirando al piso. Me detengo de golpe cuando escucho cómo la puerta se abre de golpe. Vuelvo mi cabeza y me encuentro con mi madre.

—July— la veo atentamente, mientras saca las llaves del auto de su bolsillo.

Mi corazón se detiene por un momento, eso era lo que menos quería por ahora. Me llama con la mano para que me acercara. —Llévate el auto. La lluvia va a aumentar.

Lo sabía, por eso llevaba el impermeable. Era más que suficiente para el torrencial de lluvia que iba a caer, o al menos eso era lo que yo creía con tal de no subir a un auto.

Miro las llaves entre los dedos de mi mamá. Aprieto con fuerza los bordes de mi impermeable, sintiendo como los nudillos empezaban a enfriarse.

Niego con la cabeza.

—La lluvia no aumentará tanto en una media hora. Además, no tardaré tanto, estaré bien— aseguré, mostrándole una pequeña sonrisa que me había esforzado por sacar.

Mamá mantiene la mirada durante unos segundos, para luego asentir con la cabeza y bajar la mirada al suelo. Volvió a entrar a la casa, mientras yo simplemente veía la puerta cerrarse detrás de ella. Suelto un suspiro y me doy media vuelta. Dentro de lo posible, yo tendría razón y no llovería tan fuerte.



Las pléyades son un cúmulo abierto de estrellas en la constelación de Tauro. Los astrónomos calculan que se formaron hace unos 100 millones de años, y que están a 3.914 años luz de distancia de nuestro planeta. Por lo que, la luz que veo ahora en el cielo empezó su viaje antes de la época de los romanos.

Recuerdo que a Maia le gustaba la astronomía, lo heredó de papá. Le compraron un telescopio para la casa de campo. Solíamos ver las estrellas siempre que íbamos, y me contaba todo lo que aprendía de los libros que leía.

Decía que el universo era como un laboratorio, y que cada estrella era como un experimento encendido, produciendo luz, calor y elementos nuevos. Yo, que apenas entendía la mitad, solo podía mirarla hablar, maravillada.

Me abrazo a mí misma al sentir el frío calando mis huesos. La lluvia sí que había aumentado, mis zapatos estaban empapados, y el impermeable era lo único que me protegía de mojarme entera. Intento refugiarme al sentarme en una banca bajo un árbol, quizás si debí tomar las llaves del auto.

Siempre he sido buena en ciencias, me aprendo las fórmulas de inmediato, y siempre fue lo que quise estudiar. Pero ahora, es justo lo en lo que menos quiero creer. Maia no se ha ido, lo sé.

Pero hay algo de la ciencia a lo que aún me aferro; *la energía no desaparece, se transforma.*

Eso dicen todos los libros que he leído y en los que creo.

El claxon de un auto me regresa al parque, giró mi cabeza y vuelvo mi vista al vehículo negro que se ha estacionado a unos metros de mí.

Una chica delgada y pelirroja sale por la puerta, con una sombrilla cubriéndole la cabeza y un impermeable azul hasta los tobillos. Me saluda con la mano y una sonrisa de oreja

a oreja, que le remarcan los hoyuelos de las mejillas. Es Pam Dever, una de las muchas amigas que tenía Maia, aunque ella siempre fue la más cercana.

Levanto mi mano y le regreso el saludo, mostrándole una diminuta sonrisa que empieza a asomarse por mis labios. Pam es tan buena que ni en un millón de años me incomodaría su presencia.

Me levanto del banco y me acerco rápidamente a ella.

—Por Dios, July. Estás empapada— dice, cuando me planto frente a ella. Cubre a ambas con su sombrilla y me mira de arriba abajo.

—No pensé que fuese a llover tanto— respondo, intentando sonar tranquila.

—Washington siempre exagera con la lluvia —ríe. Abre la puerta del copiloto y se para a mi lado. —Bueno, hora de volver a casa.

Miro el asiento frente a mí, mientras el miedo me carcome la cabeza. Mis piernas están rígidas, como si cada músculo recordara lo que sucedió con Maia.

Pam lo nota, baja un poco la mirada hacia mí y me sonrío de nuevo —conduciré lento, lo prometo—.

Volteo para mirarla y asiento. Aunque no he subido a un auto desde ese día, confío plenamente en ella. Entro al coche y cierro la puerta con suavidad. Las gotas de lluvias empiezan a golpear contra la ventana mientras yo me abrocho el cinturón.

Pam entra al auto y se sienta a mi lado, se pone el cinturón y arranca despacio, como lo prometió.

Me saco la capucha del impermeable y descanso mi cabeza contra el vidrio de la ventana, intentando tranquilizar mis nervios. Las gotas han llenado todo el vidrio, impidiendo que algo se pueda ver a través de él.

— ¿Sabías que los astrónomos dicen que la lluvia en Saturno puede ser de diamantes?

— comenta de pronto y voltea a verme por un milisegundo.

Sí, lo sabía, y la idea me parece simplemente fantástica.

Sonrío al escucharla. —Lluvia de diamantes— susurro, fijando mi mirada en el ventanal de adelante — a Maia le habría encantado esa idea.

En estas cinco semanas no me había atrevido a mencionarla en serio y, ahora que lo hago siento desaparecer una presión en el pecho.

Pam suelta una risita y asiente con la cabeza. —Lo habría convertido en una canción— responde.

Suelto una risita que acompaña la suya.

“La energía no se destruye, se transforma”



Cuelgo el impermeable en el gancho de la entrada, me despido de Pam con la mano y cierro la puerta detrás de mí. Me quito los tenis y los calcetines empapados y me pongo mis pantuflas, seguro me dará un resfriado.

Me froto los brazos intentando entrar en calor, mientras camino a mi habitación. Dirijo mi mirada a la cama perfectamente tendida que está al otro lado de la habitación, el lado de Maia, completamente distinto al mío: los posters todavía cuelgan de las paredes, dos estantes llenos de libros y discos de sus bandas favoritas. Estrellas pegadas en la pared, formando la constelación de Andrómeda, nuestra constelación favorita.

Sonrío con nostalgia, y camino por mi habitación hasta llegar a la parte que empieza a ser suya. Las paredes ahora son de un color lila suave y un montón de pósters cuelgan por todas partes.

La guitarra reposa en el espacio al lado de la cama y de la mesita de noche. Veo el libro de astros que estudió durante años. Me acerco a la mesita de noche y levanto el libro, lo abro en la página marcada.

Maia: la estrella más brillante de las pléyades.

Lo tenía resaltado con un tono amarillo fosforescente. Pero entonces, una hojita de papel cae sobre mi pie. Cierro el libro y lo dejo sobre la mesita, me agacho y recojo el papelito. Está doblado en cuatro partes, decido abrirlo y leerlo.

Aeternum: Viene del latín y significa “para toda la eternidad”. Pero, para mí el aeternum es pensar que hay momentos, personas y experiencias de la vida que son para siempre. Aunque ya no estén, aunque ya no sea lo mismo. Aunque el lugar físico ya ni siquiera exista. Va a perdurar en el aire. En alguna parte del universo. Eso va a quedar para siempre.

Pronto me iré a la universidad, July. Pero vendré a visitarte, lo prometo. Eso sí, algún fin de semana, cuando vaya, hay que ir, sí o sí, a la casa de campo y ver las estrellas en el telescopio, sobre todo las pléyades.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, cayendo en el papelito que Maia había dejado. Mi corazón late rápidamente contra mis costillas, sin embargo, una tierna sonrisa se dibuja en mi rostro mientras veo la carta. El papel nunca había llegado a mis manos, quizás se olvidó que lo tenía o tal vez pretendía que yo lo encontrara sola.

Mi hermana siempre había nombrado algo sobre el aeternum, una palabra que había aprendido de uno de sus tantos libros, pero nunca me había explicado su significado.

No me había permitido llorar en verdad, no quería preocupar a mamá, ni a papá, cuando ellos realmente se destrozaron frente a mí. Pero ahora, mientras sostenía aquella carta, las lágrimas se desbordaron como si hubieran estado esperando este momento.

Era como si Maia hubiese previsto este instante, como si hubiera dejado aquel papel para cuando yo estuviera lista. Siempre fue demasiado perfecta para ser real. Cualquier hermana menor ve a su hermana mayor como la perfección en persona.

Guardé la pequeña carta en una cajita que tenía escondida en mi repisa. Maia quería ir a ver las estrellas, cuando sabía perfectamente que ella ya era una de ellas, la más brillante de su constelación.

Y, ahora que recuerdo, aún está el telescopio que le regalaron en navidad. Guardado en el armario de la casa de campo, ¿no?



— ¿Quieren un poco de chocolate? —pregunta mamá, con una larga sonrisa. Asoma la mitad de su cuerpo por la gran ventana de la cocina.

Pam y yo negamos con la cabeza, antes de sentarnos en la gran sábana que pusimos en el césped de la casa de campo. Son las 8:30 horas de la noche, es verano y aún se siente el calor entre nuestros cuerpos.

Acomodo el telescopio, mientras Pam se acuesta mirando al cielo.

— ¿Trajiste el libro de constelaciones? —preguntó.

—Claro que sí— contesta la pelirroja alegremente —pero no lo necesitas. No hay ni una sola nube, y reconoces a la perfección cada estrella.

Suelto una risita antes de acostarme a su lado mientras el manto de estrellas se dibuja frente a mis ojos.

Sobre mi cabeza, noto Andrómeda. Y más arriba, está la constelación de Tauro, donde en el cúmulo de estrellas Pléyades, puedo diferenciar la más brillante de ahí, esa es Maia, la estrella que brilla 660 veces más que el sol, y que seguirá brillando, por muchos años más.

¿Qué significa aeternum? En este momento, es saber que Maia está sobre mí, a unos 3.914 años luz de distancia, y que seguirá estando allí, *para toda la eternidad*.

SEGUNDO PUESTO

Cuento

Categoría:

B

**Brunella Lourdes
Valcárcel Miletich**

Grado y sección: 7.º C



El reflejo

No estoy loca. Fue aquello por lo que me fui obligada a decir... a una alarmante cantidad de psicólogos y psiquiatras, a lo largo de mi mísera vida.

Realmente no consideré ni consideraré jamás haber perdido la razón, pese a que muchos no eran del mismo pensar. Sin embargo, las *locuras* (un término en esta historia utilizado para describir sucesos ilógicos, inexplicables y... hasta cierto punto, *escalofrantes*, pero... *reales*) fueron una perturbadora compañía con el correr de los años. Pero, insisto, *no estoy loca*, no lo estuve a los cinco años cuando el Señor Copito, un adorable osito de felpa, obsequio de mi “querida” tía Helena, una vieja arpía adinerada sobre quién llegué a tener pensamientos sobre su posible inmortalidad, girara de repente su mullida cabeza rellena de algodón y cubierta, por supuesto, de una gruesa tela de lana tejida a mano, para dirigirme una macabra sonrisa y una risa gélida tras un “Buenas noches, pequeña”. Tampoco lo estuve cuando súbitamente tras oír el rechinar de la puerta llena de óxido de mi viejo refrigerador, presencié la aparición de dos siameses, aparentemente salidos de un antiguo circo, con la misma gélida sonrisa y un espantoso brillo, un tanto morbosos, en sus centellantes y negros ojos, cuyos escalofrantes rostros se esfumaron con la rapidez de aquel pensamiento fugaz que nunca llegas a alcanzar... ¿Será una idea, un recuerdo o una intuición?... Ya no importa... ya se fue. Mas lo juré, no es broma alguna, *no he perdido la razón*, muy segura estuve *siempre* de ello. No obstante, aquella noche fui testigo de un evento que jamás seré capaz de olvidar, un suceso indescriptible (aunque haré mi mejor esfuerzo), un suceso que cerca estuvo de cambiar mi percepción de la vida (aunque esta, se me fue arrancada antes de tiempo), incluso de aquella firme idea que he repetido con el transcurso de esta amarga historia. Episodio, cuya magnitud lleva atormentándome cada minuto tras este...tras aquel... aquel espanto de *espejo*... tras aquel espantoso *reflejo*....

Distante era el ambiente de aquella noche de octubre en la que me encontré... Recorría la sombría casa en la que, de hecho, no permanecerá por mucho tiempo. Era un nuevo entorno, algo... *desconocido*. Las paredes de aquellos oscuros pasillos, cubiertas de una infinidad de retratos antiguos, las habitaciones silenciosas, cada una más misteriosa que la anterior, lo recuerdo muy bien... aquel ambiente, denso, lleno de secretos. Cada vez me sentía más perdida... desorientada, pero seguía caminando. Mas algo llamó mi atención profundamente, más que cualquier otro objeto: *El espejo*.

Sí, aquel espejo. Colgaba en la antigua pared de una habitación extrañamente vacía. Nunca supe ni sabré jamás qué enigmático aspecto captó tanto mi atención, convirtiéndola en una alarmante y rápida obsesión, si puedo llamarlo de esta manera. ¿Acaso fue el marco de madera dorada cuidadosamente tallado? ¿O quizás la forma cuadrada? A lo mejor fue la supuesta perfección de aquel objeto, lo pulcro, sublime, impecable... pero no lo era en realidad, la pintura del marco estaba reseca y este mismo, ya un poco astillado, el espejo en sí estaba oxidado y polvoriento, desgastado,

marchito... Ya se los dije ¡Nunca lo sabré! Acaso... ¿Habría sido mi propio reflejo el responsable de tal obsesión? ¿Había algo diferente? A primera vista lo negaría, ¿cómo podría ser posible? ¡Qué escándalo! ¡Qué *locura*! Aunque... ¿Y, si sí había algo diferente en aquel reflejo...? No se alarmen, es solo una idea, un pensamiento. ¿Quizás... habré visto en aquellos oscuros ojos cuya "inocencia" desde el reflejo me observaba, un halo de travesura, de maldad... ¿Aquella huella que el pecado deja en el alma del pecador? Pero ya lo dije... ¡Nunca lo supe! Permanecí inmóvil observando mi reflejo, parecía que el tiempo se hubiese detenido, estaba de cierto modo adormecida, controlada... No, más bien... ¿Cautivada? Entonces fue cuando decidí regresar y dirigirme a lo que parecía ser mi habitación. Ahí dormiría aquella noche, aunque, por supuesto, la idea de pasar aquella noche en completa soledad me atormentaba.

Ya me hallaba recostada en la cama, la cálida luz de un candelabro alumbraba la habitación. Aparentemente estaba lista para sumergirme en un apacible y profundo sueño, alejarme de cualquier pensamiento y adormecer mis sentidos, mas no lo conseguía. ¡Oh!, por supuesto que no lo conseguía ni lo iba a conseguir. La súbita obsesión por aquel diabólico espejo se incrementaba con cada irritable "tic tac" de un antiguo reloj que reposaba al otro extremo de la habitación. Sentía el palpitar en la garganta. Gotas de frío sudor corrían por mi cuerpo. Sentía algo... Era... ¡Necesidad! Necesidad de volver a aquella sala, y... darle otro vistazo a aquel espejo. Apenas podía pensar con claridad, no obstante, sabía que existía algo más... algo que horas atrás no había sido capaz de ver con total claridad, no podía arrancar de mi mente el pensamiento... **hay algo más**. Ya no lo soportaba, me levanté de la cama con total sigilo y sutileza (grave error). Caminé lentamente hacia la puerta **hay algo más**. Coloqué mi mano sobre la vieja manija, abrí la pesada puerta de olmo y... me detuve. La casa yacía en una oscuridad abrasadora. No estaba segura de ser capaz de recordar el camino hacia aquella vacía sala. Mas el deseo... sí, el deseo, aunque no supiera por qué poseía este sentimiento (más bien porque -creo yo- este sentimiento me poseía a mí). Era mucho más fuerte... incontrolable, *realmente* incontrolable.

Salí al pasillo, cada paso que daba era inconsciente, casi como si algo... **hay algo más**... Alguien, ajeno a mi conciencia, me susurrara el camino largo de la infinidad de corredores oscuros. ¿Acaso sentía yo las duras miradas de aquellos viejos retratos observándome? No lo creo... sería una *locura*, ¿no? Más deprisa de lo que hubiera sido capaz de imaginar, me encontraba en aquella habitación vacía frente al espejo... y... ¡sin previo aviso! Nada... No ocurrió nada fuera de lo normal (si es que en realidad había algo lógico en aquella situación), absolutamente, nada. Exceptuando, por supuesto, aquella sensación de inseguridad y desconfianza que emanaba de cada rincón de aquella antigua casa. Observé aquel reflejo por unos minutos. No podía creerlo. ¡Algo debía de suceder! ¡No estaba loca! Lo sabía... lo presentía, lo intuía. Sí... ahí estaba, ese sentimiento, esa sensación en la que muchos seres humanos confían ciegamente y que muy pocas veces se equivocan: la intuición. Y, por supuesto que en esta ocasión lamentablemente tampoco se equivocaba.

Mas di un último vistazo al reflejo antes de abandonar el lugar. En aquel momento vi algo terriblemente sobrecogedor, mis pies se negaban a moverse, quedé paralizada bajo el marco de la puerta. Mi garganta pareció encogerse hasta el punto en que ni un simple alfiler hubiera sido capaz de deslizarse en tan limitado espacio, mi cuerpo entero se sacudió en un gélido estremecimiento, podía oír el palpitar de mi corazón como si alguien lo hubiera arrancado de mi cuerpo y lo restregara en mi espantado rostro. Era terror, horror puro, mucho más del que jamás hubiera experimentado ni experimentaré jamás. Ya me hallaba yo a varios metros del diabólico objeto, mas *mi reflejo aún se observaba en el espejo*, como si aún me hallara yo frente a él, aunque estaba cambiado, pálido, faltaba algo... ¿tal vez algo de... vida? Aquel rostro no podía ser el mío, sin embargo, sí lo era. En aquel, se observaba una repugnante mueca, no de espanto como la de mi rostro verdadero. Sino una de crueldad, de malicia pura, sin embargo, también era de burla. No obstante, aquel rostro, pese a su expresión tan peculiar, permanecía inmóvil, inerte como un cadáver. Reuní todo el valor que jamás poseí y me acerqué.

¡Oh! ¡No bromeo cuando digo que mi corazón, mi nefasto corazón podía estallar en cualquier momento! Examiné bien la imagen y... créeme cuando te digo esto, desde luego, realmente faltaba vida pues *era un cadáver (era mi cadáver)*, pero, sonriente por supuesto, como si el demonio se burlara de mí desde mi cuerpo mismo de aquel futuro final mío. Sí, en efecto, me veía muerta... sin embargo... ¡No solo aquella diabólica imagen lo estaba!, bajé la mirada para encontrarme con mi cuerpo sin vida recostado en el frío suelo de la vieja y húmeda madera ¡*Estaba muerta!* ¡*Muerta!* Con certeza lo estaba.... Realmente lo estaba. ¡Estaba muerta!

Fue entonces cuando abrí los ojos, me hallaba tendida sobre la fría cama de la habitación de aquella misma casa, otra vez sudaba frío. ¡Dios cómo podía haber sido aquello un simple sueño! ¡Un engaño de mi propia mente!

¿Sin embargo... lo fue? ¿Realmente fue todo aquello un sueño?

TERCER PUESTO

Cuento

Categoría:

B

**Aitana Daniela
Quiroz Rodríguez**

Grado y sección: 7.º C



Lo que el fuego no puede quemar

De nuevo, aquel sentimiento cuya presencia era tan constante que casi habitual. Desde pequeños, él la miraba con un brillo distinto, uno que Julieta nunca había recibido. Y Amélie, aunque en un sosegado silencio, siempre prestaba atención a cada cosa que sucedía a su alrededor: lo que Giacomo sentía por ella...y lo que Julieta por él. A su corta edad parecían sentir amor, mas sin saber el significado de tan profunda palabra. Lo único que conocían era la certeza de que aquellos días de 1976 serían eternos. Sin embargo, el tiempo huyó como agua entre los dedos, cuando Giacomo se mudó a Inglaterra y, de esas mañanas soleadas, no quedó más que recuerdos.

Fue cuando Julieta y Amélie ya estaban en la secundaria que ese pasado comenzó a entrelazarse con el presente. Ambas habían continuado con sus vidas, y había de irles bien, ya que pronto habría un intercambio estudiantil en su escuela, y ellas eran de las más potenciales candidatas.

Era un cálido día de verano. Tocó la campana, y antes de que todos pudiesen levantarse de sus asientos, se realizó un anuncio a la clase.

— Recuerden que se le enviará una carta por correo a los estudiantes que han sido asignados para el intercambio estudiantil a Inglaterra. Esta contendrá toda la información requerida.

Aquella tarde, Julieta caminó a casa con mucha ilusión, aunque teñida de amargura. Sentía que, si era elegida para el intercambio, todo cambiaría. Y aquel pensamiento no estaba muy alejado de la realidad. Para su sorpresa, su madre la recibió con una inmensa alegría.

— ¡A que no sabéis, hija mía! Estoy muy orgullosa de ti. Es simplemente una mezcla de felicidad y nostalgia...

— Pero ¿qué os sucede, mamá? Decídmelo.

— Querida, me ha llegado una carta de tu escuela. Ya sabéis de qué se trata.

¡Te voy a extrañar mucho!

Julieta permaneció en silencio. Se había quedado atónita. Pues, ¡Qué maravillosa noticia la que había oído! Un sentimiento de optimismo le invadió, y abrazó a su madre con una enorme sonrisa en el rostro.

Mientras que Amélie también había tenido la misma suerte.

Los días que siguieron se deshicieron como hojas al viento: clases, maletas, despedidas. Y cuando Julieta y Amélie quisieron darse cuenta, el verano ya las empujaba hacia Inglaterra.

Londres las recibió con un cielo despejado y viento boreal. Una vez en el aeropuerto de la capital, se repartieron las asignaciones de hospedaje. Cada nombre anunciado, hacía crecer el murmullo en la sala.

— Julieta Cárdenas, familia Moretti.

El corazón le dio un vuelco. Aquel apellido, lo conocía a la perfección.

Amélie le sonrió con sutileza...cuando dijeron su nombre.

— Amélie Martin, familia Cavendish.

Ella frunció el ceño por un instante, sin darle mucha importancia a ese apellido.

En cambio, Julieta, permanecía perpleja. El destino la había llevado, una vez más, a Giacomo.

— Oye, Julieta, me ha parecido que no es la primera vez que oyes ese apellido—dijo sarcásticamente.

— Definitivamente, no. Lo conozco muy bien.

Rieron juntas, pero Julieta no se sentía tan confiada como parecía. Le emocionaba verlo de nuevo, tras tantos años, sin embargo, sentir nervios, era simplemente inevitable.

Entonces, las puertas se abrieron. Entraron las familias que recibirían a cada uno de los estudiantes. Y allí estaba él. Caminando con seguridad en cada paso. Era Giacomo. Cuyo nombre había resonado por mucho tiempo en la cabeza de su amiga de la infancia, Julieta. Su corazón latía a una prisa indomable. Pero en lo más profundo de su consciencia, algo le susurraba que estaba a punto de vivir los días más inolvidables de su vida.

Avanzó hacia la familia Moretti, y cada paso la acercaba más a él.

— Bienvenida —dijo Giacomo, extendiendo la mano, aunque su mirada decía mucho más de lo que sus labios se atrevían a decir.

— Gracias. Cuánto tiempo ha pasado...

— Oh, ¡Mucho tiempo! Hacía tanto tiempo que no os veía—respondió Giacomo, con una sonrisa que intentaba parecer casual, aunque sus ojos lo traicionaban.

Giacomo lo había notado desde el primer instante. Le era imposible ocultarlo: la belleza de Julieta no era algo que se pudiese pasar por alto.

“Pero cuánto ha cambiado... no la recordaba así”, pensó, sorprendido por la joven en la que aquella niña se había transformado.

— Acompañadme a mi casa. Ojalá os sintáis cómoda.

— Apuesto a que lo haré.

El trayecto no fue muy largo. Al llegar a la casa, los señores Moretti ya tenían la cena lista para su invitada. Tuvieron una charla casual, sobre cómo iba su vida en España, y cómo se encontraba su familia. La velada terminó con risas suaves y la promesa de que aquella casa sería, por unas semanas, también la suya.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, se hallaba Amélie, quien no había tardado en sentirse encantada por su anfitrión, Milan Cavendish. Desde el momento en que lo vio, lo mencionaba en cada pensamiento, como si el destino la hubiera colocado en la casa correcta. Sin embargo, él lucía indiferente ante la ilusión de ella.

La primera noche en Londres, había sido una buena experiencia para ambas. Y con suerte, las siguientes también lo serían. Pero, por el momento, no podían aguardar la llegada del primer día de clases.

Llegó el día. Sin darse cuenta, la mañana se había esfumado entre alarmas, mochilas, el desayuno y el sonido del agua de la ducha corriendo. La sensación de entrar a aquella escuela era única. Cada pasillo, cada aula, cada rincón, era simplemente distinto. Lo primero que hizo Julieta fue buscar a Amélie. Giacomo iba tras ella, cuando vio a Milan a lo lejos.

— Milan Cavendish. Si no me equivoco, su familia es anfitriona de tu amiga.

— Pues, me parece que sí. Acerquémonos.

Giacomo y Julieta se acercaron a ellos, y ella al ver a Amélie la saludó alegremente. No podía esperar para charlar sobre cómo le había ido.

Milan vio a Julieta. Y quedó boquiabierto. Nunca en su vida había percibido esa sensación. La sensación de que había algo especial en esa bella joven que le hacía sentir mariposas danzando en su estómago. Sin embargo, cegada por la idea de vivir el sueño de su infancia: que Giacomo se enamore de ella, actuó indiferente ante la anhelante mirada de Milan. Desde ese día, él trataba de charlar con ella, casualmente. Y poco a poco empezaron a entablar una amistad.

Pasaban las semanas, más parecía que él se había quedado estancado en el momento en que la vio por primera vez. Cuanto más pensaba en ella, más se enamoraba. Pero le

era imposible confesarlo. Jamás había sentido en su corazón tal afecto. Entonces supo que, verdaderamente, la amaba. Había descubierto lo que era el amor.

Era un día de clases como cualquiera. Aunque para Amélie no lo sería. Andaba tranquila por el pasillo cuando notó que el salón de Milan estaba vacío. Había una hoja de papel que sobresalía en su carpeta. La intriga la invadió, así que, cuando nadie veía, entró al salón. Tomó la hoja, y lo que leyó...despertó en ella, una inmensa ira.

“Querida Julieta,

Dame tu mano, y caminemos juntos por este sendero.

Que el romance sea nuestro fiel compañero.

Cuando te miro a los ojos, sé que eres mi única amada.

Pues, al despertar de este sueño llamado amor, me doy cuenta de que no tengo nada.”

Amélie rompió en llanto. Cada día de ese intercambio, se sentía más atraída por Milan Cavendish. Y ver aquel escrito, dirigido a alguien más, fue como si aquella hoja de papel hubiese atravesado con un puñal, su corazón.

Había tanta envidia en lo más oscuro de su alma...que decidió no quedarse de brazos cruzados. Tenía más conocimiento del que debería. Sabía que Julieta siempre amó a Giacomo. Aunque él no compartía el mismo sentimiento. Pero esta vez, él la estaba viendo con otros ojos. Así que, Amélie, cegada por los celos, ya tenía en mente todo lo que haría.

Al día siguiente, llegó a la escuela con una mirada misteriosa. Y solo ella sabía la razón. Se armó de valor, y le dijo a Giacomo, tal vez la mayor mentira que haya dicho jamás. Que lo amaba. Él recordó los días en que ellos eran niños y estaba enamorado de ella. Y, así pues, sin siquiera dudarle, le dijo que sentía lo mismo. Sin saber cuánta verdad había en ello. Pues, lamentablemente, era una persona incapaz de ver más allá de la belleza física.

Pasaron algunos días e, inevitablemente, Julieta notó lo que sucedía: Giacomo y Amélie estaban “enamorados” el uno del otro. Su supuesta amiga, le había robado toda la ilusión. Pero también sabía que todo era una mentira. Estaba tan desesperada por la situación, que durante una clase, la siguió al baño. Sin embargo, lo que halló no la hizo muy feliz. No sabía qué hacer, estaba impactada. Amélie y Giacomo estaban juntos. Y no para charlar, ni pasar el rato, pues de tan solo mirarlo, resultaba evidente que ellos eran más que amigos. Por pura coincidencia, Milan pasaba por allí, y al ver a Julieta, se le acercó rápidamente. La abrazó. Y en ese momento, Julieta vio un brillo en sus ojos, que jamás había visto. El simple hecho de estar ahí, había bastado para tranquilizarla. Esa misma tarde, Julieta le preguntó a Giacomo si podía conversar con él sobre algo importante. Y él aceptó.

—Debo decirles la verdad. Toda la verdad.

—¿De qué habláis?

—Amélie no te ama. Está furiosa porque Milan no está enamorado de ella y, por alguna razón, la cual desconozco, me echa la culpa a mí. Quizá porque una parte de ella sabe que...la que te ama en verdad, soy yo.

Ese fue el momento que lo cambió todo. Desde que sucedió, las cosas habían sido muy diferentes. Durante los meses transcurridos, Giacomo y Julieta habían sido una pareja. Milan se había convertido en el mejor amigo de ella, compartiendo momentos juntos y apoyándose mutuamente. Mientras que Amélie, en lugar de estar enojada, se sentía orgullosa, pues había logrado alejar a Julieta de Milan. O eso creía ella. Sin embargo, no se puede frenar lo que para el corazón es inevitable sentir. Milan la seguía amando. Y lo haría por siempre.

Era una tarde nublada. Julieta se hallaba en casa de Giacomo. Su relación había sido moderadamente inestable. Entre conversaciones y risas fingidas, tuvieron un conflicto. Julieta, tras todo, se había dado cuenta que él no la amaba de verdad.

—Giacomo, yo te he amado tanto...pero no puedo seguir así. Terminamos.

Aunque ella esperaba al menos una lágrima de Giacomo, sus anhelos fueron insuficientes para cambiar su perspectiva.

Restaban pocos días para el regreso de Julieta y Amélie a España. La despedida prometía dejar una huella en el corazón de Giacomo, pero en especial...de Milan. Quien no tardó en enterarse de la ruptura de Julieta y Giacomo, y se entristeció por ella, sin embargo, una parte de él sabía que el destino lo había llevado al momento correcto. Cada día que pasaba él estaba junto a su amada, y ella...empezaba a darse cuenta de lo que debió notar desde el principio. En la escuela, Amélie se acercó a ella, consciente de la situación. Sabía lo que le tocaba hacer. Finalmente había abierto los ojos, y estaba lista para hacer lo correcto.

—Julieta...debo mostrar algo, de lo que hace mucho tiempo debí hablarte.

Sacó de su bolsillo, una hoja de papel levemente desgastada, probablemente por el tiempo. Y se la entregó. Era el poema que Milan había hecho para ella. De repente, sus ojos empezaron a derramar lágrimas de alegría. Después de tanto tiempo, lo sabía. ¡Milan era el único amor de su vida!

Corrió por toda la escuela en busca de él. Hasta que lo halló. Sus miradas se encontraron. Pero sus ojos dijeron más de lo que sus labios se atrevieron a pronunciar. Pues, en aquel momento, no solo se juntaron sus labios, sino también sus corazones.

—Te amo —se dijeron al mismo tiempo.

Finalmente, sus vidas tenían sentido.

—Julieta...

—¿Sí, Milan?

—¿Serías mi novia?

Se miraron, y sus ojos se humedecieron... ¡Cuánta dicha la que sentía!

—¡Sí!

Y decir una sola palabra, había sido la mejor decisión de su vida.

Pero, tristemente, el tiempo no perdona, y sin darse cuenta, ya había llegado el día del regreso a España de Julieta y Amélie. Pero ellos no disiparían ni un solo instante.

—Cuando vuelva a casa, ¿me escribirás cartas y poemas?

—Cada día.

—Pero las cartas o postales, ¡tardan días, e incluso meses en llegar! Ha de ser duro esperar tanto...

—Te prometo que mis cartas llegarán en muy pocos días. Tan pocos, que no te darás cuenta de lo que tardaron en llegar.

—Entonces aguardaré por tu carta, cada segundo.

Así pues, llegó el momento. Se encontraban en el aeropuerto todos los alumnos, listos para abordar. Esa fue la última vez que Julieta y Milan se abrazaron, y el llanto fue inevitable. Tal vez Julieta dejó Inglaterra atrás, pero su corazón se había quedado allí. Cada día que pasaba, era más difícil lidiar con el hecho de que no volvería a ver a su amado en mucho tiempo, pero un día a la semana, le llegaba una carta que iluminaba su rostro. Y era de Milan.

Tan velozmente como el viento que pasa, ya habían acontecido seis meses. Pero su vínculo era tan fuerte y sólido que ni el tiempo podía derribarlo. Hasta que una semana, la carta no llegó. Ni la siguiente. Ni la otra. Julieta comenzó a inquietarse. El silencio era cada vez más insoportable. Entonces, tomó una decisión. Viajaría a Inglaterra, en busca de respuestas.

Apenas llegó, notó que el aire era distinto, estaba cargado de una tensión que simplemente no podía descifrar. Al bajar del tren, corrió hacia la dirección que tantas veces había leído en los sobres de las cartas que él le enviaba. Pero en lugar de la casa que recordaba, halló un terreno ennegrecido y sombrío. El olor a humo aún se impregnaba en el aire, como si el fuego hubiera querido dejar una marca para siempre. Julieta no necesitó que nadie se lo dijera: lo entendió en el instante en que vio a los vecinos colocando flores frente a los restos.

Milan ya no estaba.

El incendio se había llevado todo: a la familia Cavendish, a Milan, y con él, sus sueños y la promesa de compartir una vida junto a Julieta. El mundo se le vino abajo. Sin pensarlo, inmediatamente entró al lugar, buscando entre las cenizas. Sus manos

temblaban mientras recogía maderas quemadas, pedazos de lo que alguna vez fue un hogar. De repente, entre polvo y hollín, algo había resistido. Un trozo de papel, frágil, casi deshaciéndose. Era una carta. Y era para Julieta Cárdenas.

“Amor mío, al fin iré a verte. He comprado un boleto de ida a España. Y no he comprado uno de retorno. No puedo esperar más para volver a tus brazos. Dentro de pocos días estaré contigo, lo prometo. Guárdame un lugar en tu corazón, siempre tuyo, Milan.”

Julieta llevó la carta a su pecho, con lágrimas incontenibles, con la certeza de que, en ese instante, estaba abrazándolo por última vez.

Pues no sobrevivió una carta: sobrevivió un amor que ni las llamas pudieron extinguir.

En los años ochenta, el amor se sostenía en cartas que cruzaban el océano, en la paciencia de esperar, en la fe de creer en una promesa escrita a mano.

Hoy, vivimos en una sociedad que juzga a las personas por la marca del teléfono que llevan en sus bolsillos, por pantallas que disfrazan sus sentimientos, y por la cantidad de seguidores que acumulan, mas no por la pureza de su alma.

Y es allí, donde lo genuino se vuelve eterno.

Porque lo único que el fuego no puede quemar... es el amor verdadero.

PRIMER PUESTO

Cuento

Categoría:

C

Isabella Nathalie
Peralta Polo

Grado y sección: 11.º A



Cartas

En San Aurelio, un pueblo detenido en el tiempo, las calles estaban empedradas y el polvo se acumulaba en las esquinas, como si ni el viento quisiera moverse demasiado. Clara vivía en una casa de tejas rojas al final de la calle Mayor. A sus cuarenta años había aprendido a convivir con la soledad como quien aprende a convivir con una cicatriz: sin orgullo, pero también sin vergüenza. No era que le gustara estar sola; simplemente había aceptado que así eran sus días, una hilera de horas que se parecían unas a otras, como cuentas idénticas en un rosario interminable.

Se levantaba temprano, barría el patio con la paciencia de quien sabe que el polvo volverá, y aun así insiste. Escuchaba las campanas de la iglesia, siempre puntuales. Después horneaba ese pan de anís que inundaba la cocina de un olor tibio. Lo comía despacito, sola, viendo por la ventana cómo los ancianos jugaban dominó bajo la sombra de un plátano. Nada extraordinario le pasaba. Y, para qué mentir, lo cierto era que estaba bien con eso.

Cada mañana, el ritual del viejo cartero se repetía. Aunque ya casi nadie escribía, Don Eusebio avanzaba por la calle empedrada en su bicicleta azul, que crujía con cada pedaleo como si también cargara los años encima. El timbre oxidado emitía un sonido metálico, breve, casi desafinado, pero todos en San Aurelio lo reconocían cada que doblaba una esquina. El azul de la bicicleta, descolorido y polvoriento, era un azul cansado, pero aún se mantenía con vida en medio del anaranjado del pueblo. Eusebio nunca parecía cansarse. Nadie recordaba haberlo visto detenerse a descansar, ni sudar, ni quejarse. Siempre el mismo gesto inexpresivo, la espalda recta, la vista al frente.

Aquel martes, sin embargo, algo cambió. Don Eusebio dejó en la rendija de la puerta un sobre amarillento, con esquinas comidas por el tiempo y olor a trasapelado. Clara lo tomó con cierta curiosidad, dado que no esperaba carta alguna. No conocía a nadie que aún escribiera, y quienes podían hacía tiempo que no lo hacían.

El sobre no tenía remitente, solo su nombre: Clara. Ni apellido, ni dirección, ni adornos. Dentro encontró una hoja en la que apenas se distinguían unas frases sin sentido, escritas con tinta apagada:

"Hoy hace sol, pero parece que va a llover."

"He comprado pan, estaba tibio."

"Nos vemos pronto."

Frunció el ceño. ¿Quién podía haber escrito aquello? Era como leer fragmentos de un diario ajeno. Doblando el papel con cuidado, lo guardó en un cajón de la cocina, junto a las viejas facturas. No le dio mayor importancia. Pero al día siguiente, otro sobre esperaba en la puerta. El mismo olor, el mismo papel, la misma letra temblorosa. Esta vez decía:

"No olvides regar las plantas."

"Los niños siguen atrapando bichos en el jardín."

"Todo está como siempre."

Clara miró alrededor. No tenía plantas. Y, sin embargo, al otro lado de la calle escuchó risas infantiles: los mismos niños de siempre correteando entre los arbustos. Las voces eran idénticas, las carcajadas repetidas, con la misma agudez de siempre, idéntica a la del día anterior, idéntica a la de la semana pasada. Aquellas frases parecían describir lo mismo que ella veía todos los días, solo que con un tono que la incomodaba, como si alguien estuviera documentando su vida.

Con el paso de las semanas, los sobres se acumularon. Todos traían fragmentos reflejando su vida cotidiana, frases que parecían flotar sin dueño alguno:

"El pan se enfrió demasiado rápido."

"Te vi en la ventana, azul, como siempre."

"No cambies nada."

Clara los leía en silencio, mientras el pan de anís humeaba en la mesa y las campanas de la iglesia se empeñaban en recordarle que las horas pasaban. Los ancianos jugaban dominó con idéntica lentitud, los niños reían en los arbustos con las mismas voces agudas, y Don Eusebio pedaleaba a la vista, incansable, sin envejecer un día más.

—Qué extraño...— murmuraba a veces, aunque tampoco hacía demasiado esfuerzo en desentrañarlo. Había aprendido a no hacerse preguntas que nadie respondía.

Una noche de insomnio, sin embargo, la inquietud se le hizo insoportable. Sacó todas las cartas acumuladas y las extendió sobre la mesa. Unas cincuenta, quizás más. Las ordenó, buscó patrones. Al principio eran absurdas, pero en conjunto parecían formar algo parecido a un diario. No el suyo, sino... algún tipo de registro de su propia vida.

"Clara hornea pan de anís cada mañana."

"Clara mira por la ventana mientras los ancianos juegan."

"Clara recibe al cartero que nunca se cansa."

"Clara no sabe."

La última frase le heló la sangre.

La relejó una y otra vez: Clara no sabe.

¿No sabe qué?

Esa noche no pudo dormir. Se quedó despierta escuchando los ruidos del pueblo: las campanas, las risas de los niños, la bicicleta de Don Eusebio crujiendo. Todo parecía seguir el mismo compás inalterable.

Pero al amanecer, Clara notó algo distinto. Los niños ya no correteaban tras los arbustos; ahora se reunían en la acera, desmontándose de bicicletas oxidadas. Los ancianos no jugaban al dominó, sino que hojeaban periódicos arrugados que nadie recordaba haber traído. Y lo más inquietante: la campana de la iglesia permanecía muda. Era un miércoles.

Lo único que se mantuvo igual fue Don Eusebio. Su bicicleta azul crujió, el timbre oxidado sonó con la misma nota desafinada, y dejó un sobre en la rendija. Las manos de Clara temblaban mientras lo abría.

"Clara partió hace siete inviernos."

"Sigue horneando pan de anís."

"Sigue esperando cartas que no son para ella."

"Sigue tan viva como siempre."

El papel le resbaló de entre los dedos. Afuera, el pueblo seguía irreconocible, salvo por el azul cansado de la bicicleta cruzando la calle.

Clara retrocedió lentamente hasta la mesa de la cocina. Se sentó, partió un trocito de pan tibio, y se lo llevó a la boca. Masticó con calma. No sabía si llorar o reír.

La carta seguía abierta en el suelo, y aunque no quiso volver a mirarla, sus palabras parecían repetirse en su cabeza, como las campanas que nunca se detenían.

"Sigue tan viva como siempre."

Y, en efecto, nada extraordinario pasaba en San Aurelio.

SEGUNDO PUESTO

Cuento

Categoría:

C

**Adriana
Yáñez Iturrizaga**

Grado y sección: 9.º A



Lucho Carranza, el bravo de Barrios Altos

Jorge Gutierrez, así me llamaron mis padres y por ese nombre me conocen mis amigos y mis contemporáneos. Teniente Mayor Jorge Luis Gutierrez Solís, presente. Siempre me sentí orgulloso de quien era y de mi vocación, la cual gracias al esfuerzo familiar, había logrado convertir en mi profesión. Vestir el uniforme policial, como lo hizo mi padre, y su padre antes de él, era todo lo que siempre quise hacer. Ser policía solía ser motivo de respeto, fuente de valores como el sacrificio, la verdad y el honor. Una vocación de servicio hacia los demás, espíritu de protección y justicia, todos estos aspectos que provocan un compromiso profundo con el cuerpo policial y la sociedad a la que este pertenece. Pero todos estos aspectos pueden ser borrados de un tirón por la fuerza del destino, o el resultado de la colisión de convicciones tan fuertes como solo pueden ser cuando chocan dos vidas que son tan opuestas como la noche y el día. Si te suena familiar mi nombre, probablemente serás consciente de que fui el policía que disparó al infame Lucho Carranza la fatídica noche del diez de octubre de 1998. Ese disparo, gatillado con miedo y dudas, terminó con la vida del famoso criminal.

Criminal... Ignoro si esa palabra representa lo que todos sabemos, o creemos saber, de Luis Palomo Carranza Valladolid.

No busco justificarme o recibir elogios por este evento. Aunque los recibí, y muchos, en distintos niveles: desde el reconocimiento del cuerpo policial, del Alcalde de la ciudad, e incluso del Ministro del Interior, máxima autoridad del país en esta materia. No, no puedo ni busco hacerlo. Por el contrario, es solo vergüenza y pesar el que me carcome desde que realicé aquel acto, y recibí todos estos reconocimientos por llevarlo a cabo, en silencio y sin objetar... ni decir la verdad. Por ello, aunque muchos me han recomendado lo contrario, he decidido redactar estas páginas con el objetivo de dar a conocer la historia de Luis Palomo Carranza Valladolid, más conocido como Lucho Carranza, el Bravo de Barrios Altos.

Si algo sé en este momento, es que estoy seguro que hago honor a mi sentido cívico y de respeto por la verdad al redactar estas líneas y comunicar los hechos tal y como sucedieron. Ese mismo honor que me llevó a vestir el verde policial y consagrar mi vida a la verdad y a la justicia. No puedo volver a ponerme el traje de Policía Nacional sin realizar este acto de redención, para mí y para todos los involucrados. Aunque tal vez, solo tal vez, esta es una forma de desahogar mi pesar, mi culpa, y librar mis pensamientos y sentimientos desbordados por la desgracia de haber hecho el mal, buscando únicamente hacer el bien. Pero en este punto es difícil discernir qué es bueno y qué es malo, en esta ciudad sin Dios, sin ley, donde los catalogados de malos son los más débiles de la sociedad, los abandonados, pobres y con frío, que buscan refugio en la delincuencia que les ofrece abrigo, un calor que la buena sociedad les niega, y

después, al ver su obra, rechaza y vilipendia. Sí, debe ser eso, en mi interior solo busco librarme de culpa y endosarle a esa sociedad que se cree de clase élite. Sin embargo, dejar en el pasado estos sucesos va a ser complicado. Creo que aún puedo escuchar a los protestantes gritar de odio y rabia. Y a todo esto, debo admitir que también siento el miedo de ser asesinado por algún compañero de armas de Carranza que venga buscando venganza o retribución. Dios, no puedo seguir viviendo así. El haber eliminado a Carranza, enemigo público número uno de la sociedad Limeña, no me ha dado ningún solo beneficio, a pesar de lo que se me había prometido. Sigo sin recibir un solo mísero sol, y lo único que se ha cumplido es ese reconocimiento que hoy lamento. Reconocimiento muy poco conveniente y querido, teniendo en cuenta las masas que ahora me persiguen con miradas juzgadoras, casi asesinas. Supongo que ese es mi castigo por haber asesinado a un hombre inocente.

Hace seis años fue el asesinato de María Elena Moyano. Escuché que le dispararon a la cabeza y luego dinamitaron su cuerpo. Aquel caso me sacudió en aquel entonces. ¿Por qué alguien sería tan cruel? Los asesinos habían sido los malditos de Sendero Luminoso, y en ese momento no pude hacer nada más que maldecirlos. Ahora me pregunto, ¿qué se pensará de mí hoy en día? El tan solo pensar en aquello me turba por completo. Alfonsino Navarra, mi jefe directo, me había prometido una gran recompensa. Sabía que yo era un hombre desesperado y tal vez no pobre, pero en una situación complicada. “Mátalo, y recibirás tu recompensa” dijo él días antes del suceso. Yo, como perro obediente, asentí con la cabeza. A pesar de ello, en aquel momento temblaba de miedo de solo pensar en hacer tal barbaridad. Si en este momento alguien me preguntara por Alfonsino Navarra, yo lo describiría como alguien totalmente desagradable. Su personalidad es simplemente repugnante, y si alguien comentase al respecto no tendría ningún problema en seguir hablando del mismo asunto. Siempre con sus puros, fumando y tosiendo como loco, y con su conserva de licor. Cada vez que entraba a su oficina, había un aroma ligero a alcohol y ceniza. La última vez que hablé con ese viejo fue el día en que cometí el terrible acto.

A pesar de que fue hace ya meses atrás, sigo recordando aquel fatídico día como si hubiese sido ayer. Era pleno invierno y varios patrulleros lo habían arrinconado en un callejón. Por algún motivo, tal vez por la vida misma, yo era el único con arma de fuego además de él mismo. La ocasión era tan especial que hasta Alfonsino Navarra estaba allí, fumando un puro y tosiendo cada tanto. Dijo a gritos que alguien lo matase, que alguien disparara. Entonces, yo saqué el arma. La cargué con sumo cuidado y precaución, como si pudiese morir por el simple hecho de armarla. Levanté la pistola y apunté. Siempre revivo aquella escena. Sus ojos mirándome fijamente, con una mezcla de valentía y la súplica que todo hombre tiene cuando sabe que está a punto de morir. No pronunció palabra alguna mientras yo, lentamente, jalaba el gatillo y abría fuego contra él. En mis pesadillas siempre veo sus ojos, mirándome. Luego, su cuerpo cayendo al suelo en un sonido seco. Luego se repite. Sucede como un bucle, en el que se me tortura viendo aquella escena una y otra vez. A veces, muy pocas veces, me habla. Él me mira, con sus ojos suplicantes, y antes de que dispare, dice:

—Tal vez ustedes me sacan de esta tierra llena de odio e ira. Pero el clamor de los pobres nunca se perderá. Si no nos escuchan ni nos ven, entonces solo olor a sangre van a tener.

Y luego de aquellas palabras, cayó muerto al suelo.

Si alguien ha llegado hasta este momento de la lectura, que sepa que Lucho Carranza nació en la pobreza de Barrios Altos. Su padre lo había abandonado a él y a su madre antes de que él siquiera naciese. El hombre era un pandillero de esos que encuentras por esos lares, y su madre una mujer que no sabía lo que era el trabajo. Al menos, algo

así escuché de las malas lenguas. Desde chiquillo se las arreglaba para tener pan que comer y, cuando no conseguía nada, salía a pedir con su madre. Decían que era un pícaro, un choro esclavizado por la madre que no quería trabajar. A pesar de aquellas acusaciones, siempre se dijo que era de buen corazón. Una vez me encontré con una buena anciana que me comentó cómo Lucho la había ayudado desde pequeño. Al ser la mujer una sobreviviente de Sendero Luminoso, le pedía al niño que le llevase comida a su pequeña choza de manera que ella no tuviese que exponerse. Aquellos buenos actos los hizo con mucha más gente de la que alguien se esperaría, supongo que su bondad es algo que me hace tener aún más pesar.

Asimismo, su vida estuvo rebosante de la falta de alimento, pero como dije antes, se las arregló para sobrevivir. Hizo amigos que luego lo ayudaron, sobre todo cuando más lo necesitaba. Vivió establemente por algún tiempo más, pero luego sucedió una tragedia: Su madre murió en la masacre de Barrios Altos en 1991 a manos del Grupo Colina. Aunque su relación siempre fue turbada, perder al único de tu sangre puede y debe ser trágico. Yo supongo que fue entonces que todo se desmoronó en la vida de Lucho Carranza.

Inició su vida criminal en una pandilla de mala muerte llamada “La Trinchera Norte”. Allí, su nombre se hizo un poco conocido, pero mayormente por la zona de los barrios más pobres de Lima. Asumo que aquella vida no era para él, porque poco tiempo después se retiró. Al no tener trabajo o ayuda, vivió en las calles por un periodo prolongado de tiempo, robando todo lo que podía robar y alimentándose de lo que encontraba. Fueron tiempos oscuros en su vida. Hasta que, según cuentan, intentó asaltar a una persona particular. La víctima contra los terroristas, la señora María Elena Moyano. En ese tiempo, ella ya era bien conocida y podría decirse que hasta respetada. Él la reconoció y la dejó ir. No se sabe bien qué sucedió luego. Algunos dicen que llevaron una relación secreta. Otros, que se volvieron cercanos. La verdad es que, de alguna manera, María Elena Moyano le enseñó a Lucho Carranza el arte de luchar por los pobres y oprimidos. Fue justamente esta lucha lo que puso en la mira de la policía a Lucho Carranza, y lo que llevó mi arma a arrebatarse la vida, una vida de lucha por el pueblo que las instituciones buscaron silenciar. El saber a quién dirigir la ira que el hombre sentía. Ese fue el inicio de Lucho Carranza, el bravo de Barrios Altos. Aquel hombre al que todos llaman criminal, cuando en realidad era un buen hombre que protestaba por sus derechos y los de todo su pueblo.

Todo esto que están escuchando se me fue dicho de forma particular. Este evento sucedió dos días después del asesinato. Ante mi gran pesar, fui a confesarme a la iglesia de mi barrio. No era grande ni imponente como otras, pero supongo que era la desesperación lo que me llevaba a hablar con Dios, si es que existe, y desahogarme de mis penas en otra cosa que no fuese el alcohol. No había muchas personas en aquel momento, a altas horas de la noche. Solo dos hombres en las bancas finales y una anciana en la primera fila. Yo fui, y tal vez por obra del destino, me senté al lado de la mujer. Ella estaba con los ojos cerrados, tarareando una canción. La imité, cerrando los ojos por un instante y orando al Señor.

—¿A qué vienes tú, hijo?— la voz de la anciana me sacó de la oración. No supe qué decir por un momento, hasta que respondí:

—A expiar mis pecados, señora. ¿Y usted, si me permite la pregunta?

—No necesitas ninguna buena razón para venir a orar. Yo, por lo menos, no tengo ninguna.

Nos quedamos en silencio otro momento más. Aquella mujer, por más extraña que fuese, me transmitía paz.

—Maté a un buen hombre— solté sin pensar. La anciana, lejos de asustarse o gritar, me sonrió con comprensión.

—La gente hace cosas malas. Hasta los más buenos lo hacen.

—Pero maté a un hombre.

—Lo sé, pero si te lo preguntas, eso no te hace mala persona. Veo tu cara, hijo. Tu cara de sufrimiento y culpabilidad. Te pesa el alma de la pena. No eres un mal hombre. Eres alguien bueno que hizo algo malo.

—¿Eso no me haría alguien malo?

—Hacer algo mal y arrepentirse no te vuelve malo. Pero si no te arrepientes, hijo... Eso es lo que diferencia a alguien malo de alguien bueno. Si puedo preguntar, ¿a quién mataste?

—A Lucho Carranza, señora. Maté al bravo de Barrios Altos.

Volvimos a sumirnos en un silencio frío. La anciana volvió a hacer una oración más y se meció de un lado a otro con ligereza. Vi que en su regazo había una foto, la foto de un niño.

—¿Es ese niño su nieto, señora? Se ve muy alegre.

—En efecto, buen hombre. Mi nieto, que falleció hace poco, fue asesinado.

—¿En un ataque, señora? ¿O fue por asalto?

—De hecho, era un protestante. Lo mató usted, si se pregunta.

Nos volvimos a quedar en silencio. Mi sangre estaba helada, sudaba frío y me estaba dando dolor de cabeza.

—Es usted Jorge Gutierrez, ¿verdad? Cuando supe la noticia, no pude evitar odiarlo. Perdóneme que le diga esto, no quiero darle aún más pesar. Pero creo que necesito decírselo, porque de lo contrario moriré con la duda. ¿Qué le hizo mi nieto para que tuviese que darle una bala a la cabeza?

—No me hizo nada, señora— dije mientras lloraba—. Fui un necio y un ciego, me volví un perro de la policía y no pensé. Sé que no tengo perdón en el cielo y estoy condenado al infierno. Perdóneme. Se lo ruego, perdóneme.

La anciana, lejos de llorar, gritar o simplemente tratar de matarme, se carcajeó en mi cara.

—Hijo mío, tus perdones no sirven. Lo hecho, hecho está. Te guardo rencor, pero sé que eres un buen hombre y te arrepientes de tus acciones. El mero hecho de que sufras por la muerte de mi nieto es suficiente para mí. Pero hazme un favor. Da a conocer la historia de mi nieto, hazlo como una forma de redimirte, si quieres verlo así.

Ella luego me contó todo lo que ahora usted sabe sobre Lucho Carranza. Actualmente, seguimos en contacto y le mando algunos cuantos soles mensualmente para ayudarla con la pensión.

Esa fue la historia de Lucho Carranza, o al menos la que todos conocen. Temo que es todo lo que puedo decir de él con seguridad, y espero haberle dado alguna dignidad mayor a aquel buen hombre. Hace poco fui a un bar a tomar con unos compañeros. Era un bar poco concurrido cerca a Barrios Altos. Estábamos tomando unas copas cuando escuché a un viejo borracho murmurando las palabras que eran del bravo de Barrios Altos.

“El clamor de los hombres nunca se perderá. Si no nos escuchan, y tampoco nos ven, solo olor a sangre van a tener”.

TERCER PUESTO

Cuento

Categoría:

C

**Fernanda Sofía
Castillo Campos**

Grado y sección: 9.º B



Sueños

En un momento me caí. ¡Qué frío hacía en el agua!, pensé. Las extremidades de mi cuerpo empezaron a entumecerse, cualquier movimiento resultaba imposible de maniobrar. En un momento dejé de luchar por salir a la superficie, como si todo mi ser se hubiera dado por vencido. La luz brillante en la superficie se fue oscureciendo cada vez más mientras más hondo me adentraba en esas siniestras aguas. Todo es muy silencioso, calmado, pero había algo en mi interior que luchaba por volver a la superficie. ¿Qué sería, si no tuviera nada que perder excepto la vida?

Después de unos segundos el agua empezó a sentirse un poco acogedora. Tal vez no quería volver tanto como creía. Tal vez la única razón por la que mi interior quería salir era por la terrible sensación de que mis pulmones estaban siendo cada vez más vaciados hasta quedarse sin un solo gramo de oxígeno. Las burbujas empezaban a desaparecer. Quizá si quería quedarme aquí. El sentimiento era abrasador, uno de esos que te hacen dejar de pensar en todo el mundo y, de alguna manera, desconectarse de él por un tiempo. Las azules aguas a mi alrededor me resultan dolorosamente hermosas, siempre aprecié la belleza de la naturaleza. Mi visión se hacía cada vez más borrosa, se oscurecía hasta que solo veo un poco de la lejana luz en la superficie.

Pasaron tres segundos, en los que la oscuridad completa me consumió hasta que me desperté en medio de un amanecer tan hermoso como el abrazo de los pétalos de una flor. Qué contraste. Hacía solo unos segundos mi conciencia me había llevado hacia las más oscuras y profundas aguas del frío océano, y ahora me encontraba rodeada de mantas y almohadas que me hacían desear nunca salir del cobijo de mi cama. Vi el reloj al lado de mi cama: exactamente las seis de la mañana. No sé desde cuándo llevaba despertándome a esa hora, era como si el tiempo quisiera esperarme solo para pasar un largo día conmigo otra vez. Me levanté con cuidado y me dirigí a alistarme, debía salir en quince minutos.

Las calles estaban más llenas de lo habitual, pero me obligué a caminar entre la multitud. Me concentré en las sombras que se reflejaban en la vereda en vez de levantar la cabeza y fijarme en esos rostros que no recordaría ni siquiera en unas horas. Era mejor avanzar y no distraerse, incluso si alguien te pedía perdón al chocar, incluso si sentías que alguien te miraba queriendo descifrarte. ¿Por qué lo harían? Pues déjame contarte que yo solía hacerlo. Me preguntaba sobre la gente que pasaba, sobre su vida y sus problemas, hasta que decidí que era mejor no descifrar una mente desconocida que nunca llegarías a entender. O sea, si apenas podemos entender nuestra propia mente, ¿cómo pretendemos comprender la de los demás?

Horas más tarde regresaba a casa. Ya oscurecía y se sentía el frío húmedo de la noche, las calles se preparaban para la gente que en unos momentos saldría de trabajar para

irse a sus hogares. Caminaba tranquilamente cuando encontré un pedazo de metal al lado de la vereda. Quizá fue lo extrañamente brillante que era o su forma particular lo que me cautivó y terminó haciendo que me agachara para dar un vistazo. No era un pedazo de metal, en realidad era un viejo reloj de bolsillo con detalles tan rojos como el color de las amapolas. Era de esos relojes que encuentras en tiendas de antigüedades, de los que se coleccionaban. Al parecer la edad ya había hecho efecto en esa pieza en específico, ya que el reloj no funcionaba y parecía estancado a la misma hora: a las seis.

Los relojes antiguos siempre me parecieron una maravilla, algo sacado de un cuento de hadas. Me lo guardé y lo llevé a casa, no me importaba que estuviera roto. Las cosas rotas también son lindas.

Esta vez no estaba en las profundidades del océano, no sentía el frío congela-huesos de la última vez. El ritmo *tic-tac* sonaba por toda mi cabeza, algo parecido a cómo las manecillas de un reloj se iban moviendo, pero la que me preocupaba era la del segundero, que se acercaba rápidamente hacia donde yo estaba. Antes de que pudiera alcanzarme, me agaché y esperé a que hubiera seguido su camino. Miré alrededor y encontré los mismos detalles rojos de mi reloj en el piso de este lugar. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba dentro de mi reloj, el que había encontrado en la vereda esa tarde. Más bien, sería una versión gigantesca del reloj.

No estaba segura de qué tenía que hacer hasta que me di cuenta de que al final del largo camino, hacia el centro donde se conectaban las manecillas, se encontraba una puerta. Me enderecé, dispuesta a seguir el camino y llegar a ella. Pero cada paso que daba parecía acelerar el segundero, lo cual me hacía imposible caminar hasta la puerta sin que este dejara de amenazarme con tirarme fuera del camino, hasta caer por engranajes tan grandes como un barco. La puerta de salida se veía cada vez más lejos y empecé a sentir lo mismo que había sentido cuando intentaba nadar hacia la superficie de aquellas profundas aguas.

Lentamente me senté en el suelo de metal, quedando frente a la puerta. Mis brazos rodearon mi cuerpo, me escondí y cerré los ojos esperando que, cuando los abriera, la puerta se hubiera acercado. Pero no lo iba a hacer y yo lo sabía.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desperté. La sensación de estar sentada en el frío metal se había esfumado, ahora estaba en la comodidad de mi cama. Miré el reloj que marcaba otra vez las seis de la mañana y, con un largo suspiro, me levanté de la cama y volví a mi rutina de siempre. Muchas veces me pregunté si iba a cambiar, si acaso mi vida estaba destinada a repetirse una y otra vez sin fin. De alguna manera, una parte de mí también deseaba no cambiarla nunca, como si la rutina se hubiera vuelto cómoda.

Me ahorraré los detalles del día, igual no había mucho que contar. Las historias repetitivas no son atractivas, ¿verdad? Ahora me encontraba en la habitación, mirando hacia la ventana por la cual entraban los débiles rayos de luz de luna. Una sombra en particular me llamó la atención, rápida y ágil. Me acerqué más solo para descubrir a un precioso gato caminando por el tejado. Pelaje negro como el ónix y ojos verdes como la esmeralda, un ser que merecía ser fotografiado y enmarcado. Se fue antes de que pudiera siquiera mirarme de vuelta.

La noche estaba nublada, pero suficientemente oscura como para que decidiera por fin irme a dormir.

Esta vez desperté en un lugar mucho más cálido y brillante. Estaba recostada bajo un hermoso árbol, grande y grueso, cuyas ramas y hojas parecían cubrir buen espacio de la pequeña colina en donde estaba. Levanté la vista y vi un gran campo de hortensias, todas de distintos colores y tamaños. Era como ver el mar convertido en flores, una exquisita vista creada para deslumbrar.

Contemplé el campo, me sumergí en la suave brisa que acariciaba mi rostro, hasta que decidí levantarme e irme; el cielo se iba apagando, por lo que necesitaba volver a algún lugar seguro. Tras caminar unos minutos me di cuenta de lo alejada que estaba del

árbol, pero aun no veía ningún rastro de actividad humana. El campo parecía seguir y seguir, un lugar sin fin.

Pánico y terror inundaron mi ser, fue una sensación extraña. Nunca había sentido algo así, pero me había desencadenado la idea de quedarme allí, varada en medio del campo de hortensias que parecía agrandarse cada vez más. ¿Por qué? He estado tanto tiempo sola que estas cosas no deberían afectarme. Mil preguntas llovían en mi mente, mientras mis pasos vacilaban y luego se transformaban en largas zancadas. Terminé corriendo, gritando cualquier nombre para ver si era escuchada, por alguien, por algo, por quien sea.

No puedo, ya no puedo seguir aquí. El cielo o la brisa ya no me parecían acogedores, más bien parecían asfixiar mis pulmones con cada grito que daba. La oscuridad amenazaba con salir y los pétalos de las hortensias comenzaron a volar por el viento. Parecía una tormenta tan hermosa como letal, que me consumiría sin que nada ni nadie fuera capaz de ayudarme.

Intenté aferrarme a algo, lo que fuera. No estaba segura de por qué, pero mi cuerpo actuaba por su cuenta intentando desesperadamente no detenerse, como si el movimiento fuera lo único que me mantenía a salvo. Si hubiera alguien aquí, ya habría escuchado mis gritos. Si hubiera alguien aquí, no tendría que correr sin rumbo o gritar nombres desconocidos.

Me pregunté si mi voz tendría algún destino, o si solo se perdía en el aire. ¿De qué sirve correr si no hay nadie esperándote al final de este inmenso campo? ¿De qué sirve gritar si ni el eco me responde? Pero, ¿y si soy yo la que me impide encontrar a alguien más? Quizá haya más personas en este inmenso campo, igual que yo. Quizá si sigo hablando, mis palabras lleguen a alguien. Tal vez no aquí, tal vez más lejos, pero llegarán.

Obligé a mi mente a creerlo, no podía rendirme y terminar en este hermoso pero peligroso lugar. Ya no corrí para huir, sino para encontrar. Necesitaba oír algo, a alguien que no fuera solo yo.

Cerré los ojos durante un instante y, cuando los abrí, ya no había flores ni viento, solo el techo de mi habitación y el sonido de un gato maullando afuera de mi ventana. Juraría sentir los pétalos de las flores pegados a mi piel, pero cuando volteé solo encontré mantas.

El reloj a mi lado marcaba la hora: seis y media de la mañana, iba a llegar tarde. Me quedé unos segundos inmóvil, el sueño me había agitado. Tal vez daba igual. Mientras me incorporaba para seguir con mi día, me di cuenta que ya no podía dejarme arrastrar por ese silencio más pesado que cualquier otra cosa. Tenía todo un mundo afuera, y esta vez no iba a atravesarlo sola.

PRIMER PUESTO

Cuento

Categoría:

D

**Mariela
Durand Morales**

Docente de Primaria



Quando floreció la bugambilia

Matilda nunca olvidó el instante exacto en que escuchó la palabra *cáncer*. El médico la pronunció con un tono neutro, casi mecánico, como si dictara un número telefónico. Pero en ella, esa palabra retumbó como un trueno en un cuarto vacío. Sintió que el mundo entero se encogía hasta caber en esas seis letras. Ni siquiera tardó tres segundos en romperse en un llanto sin control, un llanto que no pedía consuelo, sino respuestas.

En medio de su desesperación, un pensamiento fugaz se abrió paso: su balcón, y la bugambilia que había prometido podar en primavera. Se preguntó si viviría lo suficiente para verla florecer otra vez.

Hasta ese momento, su vida había sido una sucesión de días tranquilos y previsible. Llevaba más de una década casada con Fidel; no tenían hijos, y nunca lo lamentaron. Les gustaba decir que así podían viajar sin planear demasiado y dormir hasta tarde los domingos. Entre el trabajo, las cenas con amigos y las visitas a la familia, la vida transcurría sin sobresaltos. Hasta que llegó el diagnóstico, y con él, un huracán que arrancó de raíz todas sus certezas.

El primer mes fue un desfile interminable de estudios, agujas y pasillos con olor a desinfectante. El hospital se volvió su segundo hogar, un lugar donde la luz artificial nunca se apagaba y el silencio estaba siempre roto por el sonido intermitente de alguna máquina.

Fue allí donde conoció a Marina, una mujer de sonrisa inmensa que ocultaba su cabeza calva bajo pañuelos coloridos; a Armando, un hombre que fabricaba chistes como escudos contra la tristeza; y a Charito, una enfermera de manos suaves que, con solo un apretón, transmitía más fuerza que cualquier discurso.

No eran parte de su familia ni de su círculo de amigos, pero se convirtieron en sus compañeros de batalla. Entre sesión y sesión de quimioterapia compartían galletas, té y confesiones que fuera de esas paredes no se atreverían a decir. Allí, donde todos luchaban contra la misma sombra, no había espacio para las máscaras.

Fidel fue su roca. Aprendió a ser su chofer, cocinero, guardián de pastillas y guardián de sueños. En las madrugadas en que las náuseas y el insomnio la arrastraban, él se sentaba a su lado y oraba en voz baja. Cuando el dolor la doblaba sobre sí misma, no la engañaba con un “todo estará bien”; simplemente la abrazaba, como si su cuerpo pudiera prestarle fuerzas.

Su familia y amigos también se unieron en una red invisible pero firme: unos le llevaban sopas calientes, otros hacían trámites en su nombre, y algunos, simplemente, se sentaban a escucharla llorar sin intentar cambiar de tema. Descubrió que, en el momento más vulnerable, la gente que la amaba no le ofrecía promesas huecas, sino presencia verdadera.

La enfermedad duró un año y medio, pero en su memoria fue una vida entera. Matilda perdió cabello, peso, paciencia... y algunos días, la esperanza. Pero sin darse cuenta, ganaba otras cosas: la costumbre de agradecer cada mañana, la capacidad de escuchar

el sufrimiento ajeno sin apresurarse a cubrirlo, y una fe pequeña pero firme, como una vela que se niega a apagarse.

No todas las batallas terminaron en victoria. Armando no sobrevivió. Marina seguía en tratamiento cuando Matilda recibió la noticia de que estaba libre de cáncer. Esa mañana no hubo gritos ni aplausos. Salió del hospital, dejó que la lluvia le empapara el rostro, y por primera vez en mucho tiempo, no huyó de ella. Levantó la vista al cielo gris y no pidió nada. Solo dio las gracias.

La experiencia la transformó para siempre. No bastaba con haber sobrevivido: sentía que debía devolver algo de lo recibido. Se convirtió en voluntaria del hospital. Llevaba pijamas para los niños, mantas suaves para los recién diagnosticados, libros que había leído en noches de insomnio, cupcakes que horneaba con esmero. Escuchaba más de lo que hablaba. No pronunciaba discursos heroicos; solo decía:

-Entiendo. Yo también tuve miedo. Pero aquí estoy.

En su casa, el balcón seguía siendo su refugio. Y una mañana, la bugambilia floreció. Las pequeñas flores parecían mirarla con un secreto compartido: que incluso después del invierno más cruel, la vida encuentra la forma de renacer.

Comenzó a dar charlas sobre prevención. "La detección temprana salva vidas", repetía, no como consigna, sino como una mujer que había visto de cerca lo que significaba llegar tarde.

A veces, en la noche, se asoma al balcón. Respira el aroma de su bugambilia y piensa en Marina, en Armando, en Charito, en todos los que cruzaron su vida durante esos meses. Sabe que cada uno dejó una huella imborrable. Mira a Fidel, que sigue a su lado, y entiende que el amor es la medicina más poderosa.

La vida no volvió a ser como antes. Fue mejor: más simple, más consciente, más profundamente humana. Cuando alguien le pregunta qué cambió, Matilda responde:

-Aprendí que la luz no siempre viene del cielo. A veces se enciende dentro de uno, y nuestra única tarea es no dejar que se apague.

Esa noche, mientras las flores de la bugambilia se mecen bajo la brisa, Matilda sonríe porque sabe que la vida, como ese jardín, siempre encuentra el modo de florecer otra vez.

PRIMER PUESTO

Cuento

Categoría:

D

Daniel
Vivar Rojas

Padre de Familia



El maestro al revés

Toda mi vida estudié para enseñar. Aprendí técnicas, modelos, siglas que prometían ordenarle sentido al mundo: KPI, OKR, ROI. Me entrené para resolver rápido, para evitar errores, para ahorrar tiempo. Jamás imaginé que, el día en que nació mi hija, tendría que volver a sentarme en el pupitre de alumno.

La primera vez que la tuve en brazos pensé, con una seguridad que ahora me da risa, que yo le enseñaría a leer, a bailar, a actuar, a contar historias, a atravesar la vida con la frente alta y la agenda al día. Creí que sería su mejor profesor. Y lo fui... durante las primeras dos semanas, cuando mi alumna aún no sabía hablar y yo dictaba clases magistrales de cómo bostezar sin asustar, o cómo poner el brazo exacto para que el sueño no se rompa.

Pero mi aula cambió el día que dijo su primera palabra: "otra". Quiso otra canción, otro cuento, otra vuelta. Desde ahí sospeché que esa niña no venía a memorizar mis apuntes, sino a editar mi guion.

En los primeros años, me empeñé en enseñarle a leer los rótulos de los envases y los títulos de los libros. Ella, en cambio, me enseñó a leer los silencios. A descifrar cuándo el "nada" significa "mucho", cuándo una mirada al suelo es una historia de cien páginas que pide paciencia. Me obligó a bajar la voz y a subir la escucha, aunque aún lo sigo entrenando. Yo quería apurar el rompecabezas; ella se detenía en la pieza del borde y la giraba como quien consulta a una brújula.

¿Por qué el cielo no se cae?, preguntó una vez, señalando la ventana como si estuviera empujando un telón invisible.

Porque...busqué en algún rincón de mis certezas, porque hay leyes de la física.

¿Y si un día se cansan? dijo, y se subió a una silla para aplastar nubes con la palma.

En mi libreta mental taché otra definición y escribí en grande: *curiosidad*.

Yo, que tenía respuestas en filas y columnas, descubrí que las mejores clases empezaban con una pregunta que no sabía contestar.

Cuando fue creciendo, el teatro entró a casa sin pedir permiso. Primero fueron cajas que se transformaban en castillos, sábanas que hacían de océano, crayolas que abrían túneles al centro de la Tierra. Luego llegaron máscaras hechas con platos de cartón y una linterna que inventaba eclipses en el pasillo. Mi hija dirigía ensayos para un público de dos: su madre y yo. La obra se llamaba siempre distinta, pero había un guion común: ella improvisaba; yo intentaba controlar; ella se reía; yo aprendía.

Papá, hoy tú eres el árbol, me dijo una tarde. *Tienes que quedarte quieto, pero bailar con las hojas.*

¿Cómo voy a bailar si estoy quieto?, pregunté.

Con lo que no se ve, contestó, y me puso en la mano un puñado de aire.

Ahí entendí que el arte no es solo un cuadro o un libreto, sino una forma de mirar. Que un árbol quieto puede bailar si aprende a escuchar su viento.

Yo, orgulloso de mis planificaciones, traté de enseñarle a organizar su día: tareas a las cuatro, merienda a las cinco, ensayo a las seis. Ella me enseñó, a su manera, que el tiempo no se mide en relojes. Una tarde de domingo, mientras mi cabeza calculaba minutos, me dijo:

Hoy el tiempo dura lo que dura una canción.

Y bailamos tres canciones y se hizo de noche. El correo que debía enviar quedó sin abrir, pero esa noche dormí como quien ha viajado.

También quise enseñarle a no equivocarse. Le marqué con lápiz los bordes de un dibujo para que no se pase. Ella pintó fuera de los bordes y me regaló el primer diploma que recibí de la "Escuela al Revés": un papel con crayolas donde decía: "Aprobado por intentar otra vez". Con el tiempo aprendí que su insistente "otra" no era capricho: era una fe corta y valiente en la posibilidad de volver a empezar.

La escuela al revés no tiene timbre; empieza cuando nos reímos.

Las pizarras son las ventanas empañadas en invierno. Escribimos con el dedo palabras que desaparecen y regresan. Los recreos se improvisan si aparece un perro en la vereda o una nube con forma de delfín. Los exámenes se rinden mirando al cielo; las preguntas valen más que las respuestas. La bibliografía recomendada es un catálogo de sonidos: el agua cayendo en la ducha como aplauso de lluvia, la cucharita tocando la taza como campana, la puerta que cruje como si quisiera entrar a escena.

Yo, alumno aplicado, tomé apuntes. Copié palabras nuevas que mi hija inventaba con la naturalidad de quien abre una ventana: "perrosfera", "sonrisómetro", "chafoncio". Dejé de corregir para preguntar: "¿Qué quiere decir 'perrosfera'?" Y su definición fue mejor que cualquier diccionario: "Es el lugar de la casa donde los perros piensan que gobiernan".

En la *clase de valentía escénica*, la maestra me dio una lección que no cabía en ningún manual. Era la función de fin de ciclo en su academia. Antes de salir, sus manos sudaban, su voz era un hilo. Me miró, y antes de que yo dijera algo sensato como "respira", dijo:

Papá, ¿y si me equivoco, también es verdad?

Sí, respondí, sorprendiéndome de mi propia respuesta.

Salió al escenario, olvidó una línea, inventó otra, y la escena cobró sentido. Aprendí que el miedo no se derrota intentando borrarlo, sino invitándolo a salir a bailar un rato.

Hay *clases de economía del alma*. En ellas, mi hija, contadora precisa de afectos, me enseña a invertir tiempo en lo que da intereses profundos: leerle un cuento por tercera vez, cocinar queques que salen algo quemados pero saben a sábado, caminar sin rumbo para juntar hojas que se vuelven cartas. Me enseña a desistir de ahorrar abrazos para después. Me enseña a gastar ahora, porque el ahora es la moneda más frágil y, sin embargo, la más valiosa.

En la *clase de resiliencia*, cuando un dibujo no le sale, aprieta los labios, da un paso atrás y dice con serenidad de actriz experimentada:

Corte. Va de nuevo.

No llora. No se rinde. No se ofende con el papel. Repite. Y cuando repite, no busca el trazo perfecto, sino el trazo que dice "esto soy hoy". Yo, en cambio, me descubro regañándome por cada línea mal hecha de mis días. Entonces escucho su voz:

Papá, el papel no te odia.

Y me río. Y la tiza que cargo en el pecho se deshace.

En la *clase de lógica absurda*, aprendí a no asustarme cuando los zapatos quieren ir en las manos y los guantes en los pies. Descubrí que la inversión, a veces, revela algo que la normalidad oculta. Cuando uno baila con los guantes puestos en los pies, descubre la torpeza como un idioma honesto. Cuando uno se pone zapatos en las manos, entiende que agarrar fuerte no siempre ayuda.

¿Para qué quieres que aprenda a bailar bien?, preguntó un día, mirándome con una seriedad inesperada.

Para que seas feliz, dije, con mi repertorio de padre.

Entonces enséñame a bailar mal, respondió, porque cuando bailo mal me río más.

Y bailamos mal hasta quedarnos sin aire, y la felicidad se nos quedó pegada en la frente como un papel con mi nombre.

Un domingo montamos una obra de teatro en la sala. Ella la bautizó “*La Obra Infinita*”. Yo hacía de viajero cansado; ella, de faro. Al final, en vez de un aplauso, mi hija recogió los papeles del piso y los pintó con manchas de témpera.

¡Cuidado!, quise decir, pero me ganó su sonrisa.

Ahora sí es una obra de verdad, afirmó. Porque está manchada, porque tiene errores.

Me quedé callado. Entendí que lo imperfecto no arruina las cosas: las hace respirar. Aquella obra, con sus manchas y desvíos, estaba más viva que nunca.

El trabajo, con sus mareas, a veces quiere llevárselo todo. Llega con correos que prometen urgencia, con reuniones que no perdonan, con un reloj que no entiende de canciones. En esos días, la escuela al revés tiene una *clase de supervivencia*: apagamos las luces, encendemos una linterna y nos contamos historias debajo de una sábana. El mundo, afuera, hace su ruido. Adentro, el silencio respira. Y cuando levanto la sábana, el mundo ha bajado la voz.

Mi hija se inventó un ritual para esos momentos. Lo llama “*recreo de papá*”. Son cinco minutos cronometrados con una música que entra como un pájaro por la ventana. Durante el recreo, está prohibido explicar; solo se puede hacer. Un día construimos una torre con libros y la derribamos. Otro día pintamos con agua la vereda y nos fuimos antes de que se secara la alegría. Muchas veces, con cinco minutos bastó para no olvidar que el día también era mío.

La graduación llegó una tarde cualquiera, sin togas ni himnos, con olor a panqueques. La maestra, mi hija, se paró sobre una silla y habló con voz de directora de escuela.

Señor Chafoncio del revés, dijo, después de observar su desempeño en las asignaturas de Paciencia I, Escucha Aplicada, Error Creativo, Risa Absurdista, Tiempo Compartido y Valentía Escénica, el jurado ha decidido entregarle este diploma.

Era una hoja de papel con esquinas gastadas, decorada con estrellas chuecas y un sello de crayola azul donde se leía: “*Aprobado: por volver a empezar*”. Me abrazó, y yo sentí que la ceremonia tenía algo de perdón y de promesa.

Esa noche, antes de dormir, me pidió que le leyera algo “*serio*”. Busqué en mis libros y no encontré nada que valiera más que lo que habíamos vivido. Así que le leí la pared de la habitación: las manchas de luz que hacía la luna, la sombra del árbol bailando con lo que no se ve. Ella cerró los ojos. Yo los abrí.

No sé si en veinte años recordaré el nombre de todos mis cursos universitarios. Sé, en cambio, que no olvidaré los títulos de las asignaturas que ella me regaló. Hay una que llevo en la boca para que no se me escape: *Humildad*. La aprendí el día que quise corregir un cuadro y terminé haciendo de marco; el arte era ella, yo solo ajustaba la madera.

Podría decir que escribí este cuento para enseñar algo. Sería otra vez la arrogancia llegando tarde al ensayo. Lo escribo para recordar que el mundo no se ordena del todo y, aun así, nos invita. Que la vida no viene con manual, sino con una niña que pregunta por qué el cielo no se cae.

Y quizás el cielo se sostiene por la misma razón por la que una obra no termina: *porque alguien en la casa, con diez años, lo sostiene con la risa.*

Creí que vine al mundo para enseñarle a ser persona, pero ella vino para recordarme cómo ser humano.

POESÍA

CATEGORÍAS:



PRIMER PUESTO

Poesía

Categoría:

A

**Isabella Luana
Ayala Melgar**

Grado y sección: 6.º C



Si las noches fueran eternas

Tú, tan bella rosa, que siempre reluces entre todas,
con tu brillo vas iluminando mi vida
de paz y alegría.

Hoy yo te dedico esta poesía porque con otra cosa,
yo no podría.

Eres dulce como la mismísima miel,
reluciente como la luz del sol,
tan cálida como el calor del fuego.

Oh, amada mía,
si las noches fueran eternas,
yo juraría estar a tu lado cada día de mi vida
hasta que la última gota de agua caiga,
con la más calmada belleza de tu ser.

Por eso hoy, amada rosa,
te deseo la más hermosa
noche de tu valiosa vida.

TERCER PUESTO

Poesía

Categoría:

A

**Valeria Abigaíl
Chumpitaz Barrantes**

Grado y sección: 6.º A



El nacimiento de una nueva flor después de un frío invierno

El invierno cubrió la tierra de nieve,
un silencio a romper que nadie se atreve.
El cielo se cubrió de un gris sombrío,
dejando al sol de lado con el corazón vacío.

La luna escondida
se vuelve mi espejo cuando estoy perdida.
Entre los árboles grandes y dormidos,
habitan sueños perdidos.

En un día de aire liviano,
soplé un diente de león temprano.

En la tierra fértil brota una flor,
dulce como el amor.

Un amanecer
es un día más para florecer.
Al terminar el invierno,
llega un renacimiento interno.

PRIMER PUESTO

Poesía

Categoría:

B

**Bianca Doris
Zapata Caycho**

Grado y sección: 8.º A



Carta al pasado

Dulce sombra de mirada callada,
te miro en silencio, mi alma agotada.
Tu mente tiembla con dudas sin nombre, sin broma,
pero sé que solo quieres ser una persona.

No temas que la noche silencie tu risa,
hasta la herida más profunda después cicatriza.
El llanto que retienes será melodía,
fuente de fuerza, origen de alegría.

Atravesarás la oscuridad entre miedo y dolor,
y descubrirás en todo un nuevo color.
El tiempo no borra, también es regalo,
transforma lo amargo en un dulce intervalo.

Soy tu reflejo, cubierta de años,
aprendiendo del fuego, vencí los engaños.
Seré diferente, pero sigo siendo tú,
y en cada derrota brilló más nuestra luz.

SEGUNDO PUESTO

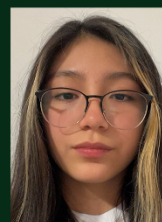
Poesía

Categoría:

B

**Luciana Doménika
Aguirre Borda**

Grado y sección: 8.º A



Sentir, aunque duela

Pero es en los ecos
de un mundo que parece tranquilo,
donde se encuentra el grito callado
de las almas que solo deseaban la paz.

No eran vanidosas con la gloria,
tampoco querían respuestas,
solo deseaban un refugio
donde no hubiera heridas.

Pero el tiempo vuelve
a repetir el verso
de días siempre sin sorpresas,
como un río que no tiene el coraje de salir de su cauce.

Nos enseñan a callar la emoción,
a sonreír mientras por dentro se rompe algo.
Pero entre tanto existe el que siente,
el que no anestesia el corazón.

Esa es la verdadera rebelión:
mirar el dolor cara a cara,
no pedir permiso para llorar,
permitirse sentir, aunque duela.

SEGUNDO PUESTO

Poesía

Categoría:

B

**Yuriko Verania
Aguirre Rodríguez**

Grado y sección: 7.º B



No soy como soñé

No recuerdo este lugar.
Mi cabeza duele de tanto pensar.
En algún momento va a estallar
y todos mis secretos se van a revelar.

A veces río y lloro sin querer
al ver que no soy como soñé.
Y me hago daño, pero no hay cambio,
solo un dolor que aumenta su tamaño.

Entonces, me di cuenta de la verdad:
sin problemas no hay vida,
y sin vida no hay problemas.
Pero sigo aquí.
Aunque no sea como soñé.

TERCER PUESTO

Poesía

Categoría:

B

**Alexia Estefania
Sánchez Saavedra**

Grado y sección: 7.º A



Encuentros inevitables

En la pretérita alameda de un deseo indefinido,
se encuentran dos almas,
libres de remordimiento prohibido.

Sus miradas se cruzan,
compartiendo el destino,
sin rumbo ni camino pero con sentido contenido.
El eco del silencio se amplifica;
en este universo tan complejo,
justamente se admiran.

La brisa australiana consuela aquel murmullo desgajado,
cada hoja cae sin lamento ni cuidado,
cada anhelo los deja en el pasado.

Esta condena siempre resuena
por más que exploren la existencia,
siempre hallarán destinos parejos,
pues el mundo con el tiempo,
se descubre breve y viejo.

PRIMER PUESTO

Poesía

Categoría:

C

**Isabella Nathalie
Peralta Polo**

Grado y sección: 11.º A



Recetario

Una pizca de canela.
No más de lo necesario,
aunque algunos prefieren que arda
y deje en la piel marcas.

Azúcar para quienes endulzan todo,
incluso cuando nadie lo espera.
Miel para quienes se adhieren al paladar,
dulces, densos, persistentes.

Un grano de sal
para quienes no temen lo áspero.
Un shot de espresso
para los que avanzan tensos y despiertos.
Un vaso de agua
para quienes fluyen sin resistencia.

Cada cuerpo, un cuenco distinto,
con medidas que no se copian.
No hay receta maestra.
Cada uno es un sabor irrepetible,
y no se sirve dos veces: imposible

SEGUNDO PUESTO

Poesía

Categoría:

C

**Julieta
Reyes Alarcón**

Grado y sección: 10.º B



ABRIL

Aunque las estaciones vienen y van,
te pido que nuestro otoño se quede para siempre,
porque me niego a creer que lo único que me queda de ti es mente y no corazón.

Y la certeza del saber,
que nunca conocerás cuánto sentí por ti,
lo mucho que dejé en tu abril,
lo mucho que lloró mi cuerpo por ti, rojo y azul.

Es verídico y lo puedes ver en mi piel,
en mis cicatrices rotas,
cuánto te he amado, y odiado.

Entonces hiéreme y dime qué hacer con el corazón que cree,
con el que solo bombeó y latió por ti,
por los días que se hicieron meses, por los meses que son ahora años,
años convertidos en mi vida.

Es así y no tengo miedo,
cómo me recibe la vida sin ti,
una vida que no vale la pena vivirla.

TERCER PUESTO

Poesía

Categoría:

C

**Mikaela
Rojas Garcés**

Grado y sección: 11.º A



¿Cuánto vale?

¿Cuánto vale un recuerdo cuando es todo lo que te queda de alguien?

Vale tanto como el silencio que dejaron,
como las veces anhelando contar algo y resbalaron,
pero jamás valdrá como una lágrima sofocante
en un domingo a las cuatro de la tarde.

¿Cuánto vale la palabra en su tonalidad semántica?

Cuya vida se manifiesta entre verdades y prisas
de un aire metafísico deficiente de compromisos...
Y de un recuerdo fragmentado en egoísmo.

¿Cuánto vale el anhelo del recuerdo?

Porque no es solo una imagen en la cabeza,
es el eco de una risa que ya no suena,
el deseo de un lirio de escabullirse en frente de la luna
tan lejana, tan suelta...
que nunca podrá entrar en su belleza.

Es difícil explicar una mezcla de emociones
dentro de una tormenta de sensaciones

¿Cuánto vale un recuerdo?

Lo mismo que el vacío que lo guarda,
lo mismo que el alma que lo nombra.

PRIMER PUESTO

Poesía

Categoría:

D

**Fany Ibet
Zegarra Osorio**

Madre de Familia



A los pies del Santísimo

Detrás del cristal de tus ojos divinos
se esconde un dolor profundo y callado;
detrás del cristal de mis ojos sombríos,
todo parece perdido y quebrado.
Mas cuando contemplo tu dulce mirada,
renace la vida que estaba apagada.

Tu triste mirada, de amor encendida,
jamás se fatiga de tanto esperar;
y aunque con dolor contemples la herida
de un mundo que suele tu amor rechazar,
aguardas paciente, cual buen Pastor Santo,
un simple destello, un pequeño canto.

Y si el mundo corre tras vana ilusión,
alejándose más de tu eterno querer,
no apartes de nosotros tu fiel compasión,
pues nada sin Ti podemos tener.
Tan solo al buscarte hallamos consuelo,
y en tu amor sagrado tocamos el cielo.

SEGUNDO PUESTO

Poesía

Categoría:

D

**Mariela
Durand Morales**

Docente de Primaria



Donde aún late tu huella Chavito

Chavito, en la casa habita un eco que antes no existía,
un silencio que se enreda en las cortinas
y hace crujir la madera como si te buscara.

Luke olfatea tu cojín,
como si el viento pudiera regresarte,
y en sus ojos brilla un mapa secreto
donde todas las rutas conducen a ti.

Yo guardo el perfume que dejaste en mis manos,
la memoria tibia de tu hocico en mi rodilla,
y el calor que anidaba en mis mantas
cuando las noches se volvían interminables.

Agradezco tu alegría inagotable,
tus lecciones sin palabras,
el amor verdadero
y esa ternura sin fecha de caducidad.

Sigue, Chavito, el hilo invisible de mi voz,
que cada día susurra al viento:
gracias por existir,
por enseñarme que la creación entera
puede habitar en el corazón de un perro.

TERCER PUESTO

Poesía

Categoría:

D

**Paul Martín
Chumpitaz García**

Docente de Arte



El tiempo en el viento

La arena y el tiempo.
Luces de la soledad.
Fe y verdad.
Ahora late como una lámpara.
Blande los sueños.
Ternura y flores.
Ternura y cauce.

-o-

Este cauce, por donde van las estrellas.
Este frío extremo, que invierte sus pétalos...
Y sucumbe tras un recuerdo.
Silencio y más silencio, fugaces...
Historias a muchas distancias...
Mañana de lluvia,
verdadera palabra...
Hallar en esta morada,
mi voz y tu palabra.



HISTORIETA



GANADORA DEL CONCURSO DE HISTORIETA

Historieta

Hazel María
Esteban Ugarte

Grado y sección: 5.º C





LE CUENTA TODO SOBRE EL CONCURSO...



Leo: HERMANO DE Kim



en el concurso...



um....



15 minutos después:



DESPUÉS del Concurso:



GANADORA DEL CONCURSO DE LA PORTADA

**Ariana
Custodio Borda**

Grado y sección: 9.º A



MADRE

Elisabeth Hanfland



Elisabeth Hanfland nació en Paderborn, Alemania, el 6 de abril de 1916. Cuando era niña, mientras otros jugaban, ella encontraba un rincón en la librería de su padre, inmersa en un mundo de arte y grandes obras literarias que influyeron profundamente en su vida como educadora y en su vocación religiosa.

En 1936 llegó al Perú como postulante a religiosa de la Orden Santa Úrsula, junto a un grupo de madres para fundar el colegio Santa Úrsula. Entre 1936 y 1957, se dedicó a la enseñanza de idiomas, música, teatro, historia y religión. Fue directora del colegio durante dos periodos: de 1957 a 1966 y de 1986 a 1993. Además, entre 1976 y 1985, dirigió el Hogar Santa Ángela y el Colegio San José de Miramar, donde dejó una huella imborrable en la comunidad.

El 15 de noviembre de 1991 fue condecorada con la Cruz del Mérito de la República Federal de Alemania y, el 6 de julio de 1992, el Ministerio de Educación le otorgó las Palmas Magisteriales en reconocimiento a su trayectoria docente. Finalmente, el 11 de abril de 1995, el Señor la llamó a su lado. Desde entonces, Madre Elisabeth sigue guiando y cuidando a su familia ursulina desde la eternidad.